

## LA ARENA CALIDA INCUBA LOS HUEVOS

Las tortugas hembras excavan hoyos en la arena y ponen sus huevos. A continuación, después de tapparlos con arena, contoneándose lentamente hacia el agua, abandonan los huevos a su suerte. Los jaguares visitan con frecuencia las playas para comérselos.

Cuando las tortuguitas revientan, se abren camino a través de la arena y comienzan con vacilante paso a dirigirse hacia el agua. A muchas se las comen las gaviotas y otras aves depredadoras, antes que alcancen la relativa seguridad de las olas, pero algunas escapan. Una vez dentro del agua, crecen rápidamente en tamaño y en el lomo se les forma una concha protectora. A medida que el tiempo pasa, esa concha se vuelve más dura, más gruesa y más pesada, pero las placas ventrales permanecen coriáceas y suaves.

## LAS TORTUGAS ATRAPADAS DEBEN IR PANZA ARRIBA

— Es natural, — dijo Cooky — que si sacamos una tortuga del agua y la colocamos sobre su vientre, la concha suave de la barriga le oprimiría los pulmones, no podría respirar y moriría. Pero hace tiempo alguien imaginó que si colocamos a las tortugas panza arriba, podrían respirar. Por eso nosotros las llevamos también de esa manera. (Fig. 27).

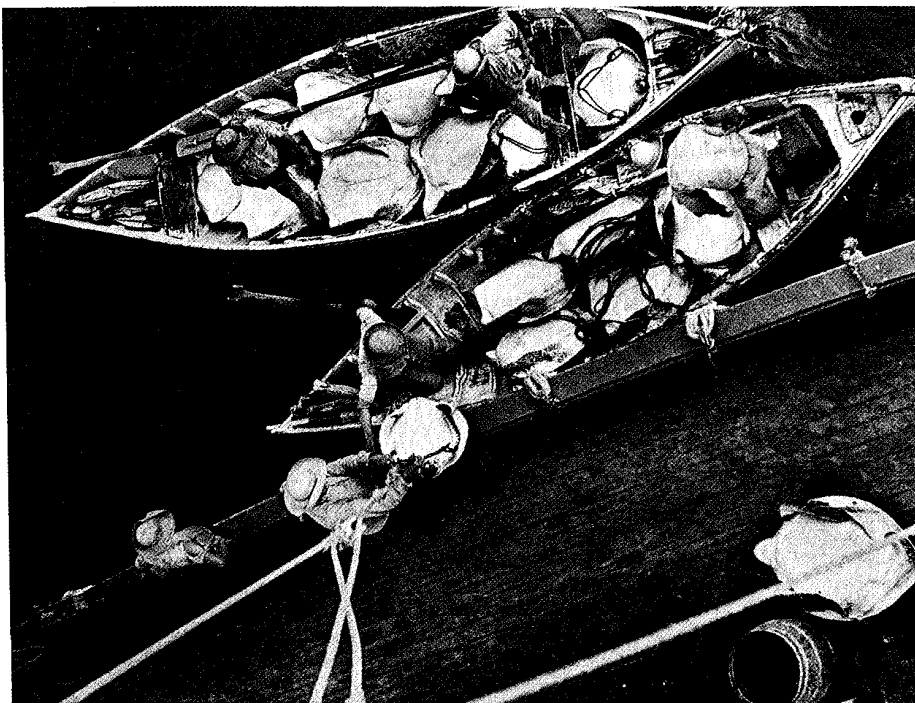


Figura 27. Panza arriba, estos pasajeros han "volteado tortuga".

El lomo de las tortugas de mar tiene una consistente armadura; su vientre tiene una cobertura muy ligera. Por lo tanto, se las voltea panza arriba, para que su gran peso no gravite sobre sus pulmones y les vaya a ocasionar la muerte. Al no más cogérlas de las redes, se las sube a bordo de la embarcación bien atadas con cuerdas sus aletas.

Era cierto, porque en esa posición la tortuga puede respirar fácilmente, al parecer imperturbada en un mundo extrañamente rodante y cabeceador. Con cierta frecuencia al murmullo de la respiración de los animales se acrecentaba hasta formar un coro asmático, como dando la bienvenida a cada recién llegada.

Mientras la carga iba creciendo, los días se convertían en semanas y las semanas en meses, hasta que por fin la suma de todos los cargamentos de las embarcaciones justificó la realización de un viaje a Key West. Y muy a tiempo por cierto, pues los densos nubarrones que poblaban el cielo, presagiaban la aproximación de la temporada de huracanes. (Fig. 28).



Figura 28. Al ser descargado de la embarcación, un monstruo marino se desliza por el tobogán y cae en el corral de engorde de Key West.

Aunque preferiblemente son vegetarianas, las tortugas destinadas a la olla de sopa experimentan aquí un cambio en su dieta. De aquí en adelante consumirán pescado y trocitos de carne, sin protestar. El apuntador toma nota de las iniciales que hay en el caparazón de cada tortuga para acreditarla a su dueño respectivo.

Las redes se colocaron más cerca, de manera que las tripulaciones pudieran subir a bordo rápidamente y las embarcaciones encaminarse a aguas profundas en caso de una tormenta repentina. Todas las drizas corrientes se mantuvieron despejadas, y la vela mayor permaneció izada y vigilante por las noches. Los vigías que habían sido eliminados al llegar a los campos tortugueros, fueron reestablecidos de manera que ni el viento que aumentara ni el barómetro que descendiera, pasaran inadvertidos. Un gran alivio se sintió cuando por fin se dió la orden de levar anclas, izar velas y emprender la ruta hacia Cayos Mosquitos. (Fig. 29).

Nuestro regreso al cayo fue diferente a cualquier otro durante los meses que pasé en Nicaragua. Anteriormente, cada Sábado habíamos regresado a soltar la pesca de la semana en los corrales, que son encierros de estacas plantadas en las lagunas de poco fondo. Son de bambú y están plantadas en

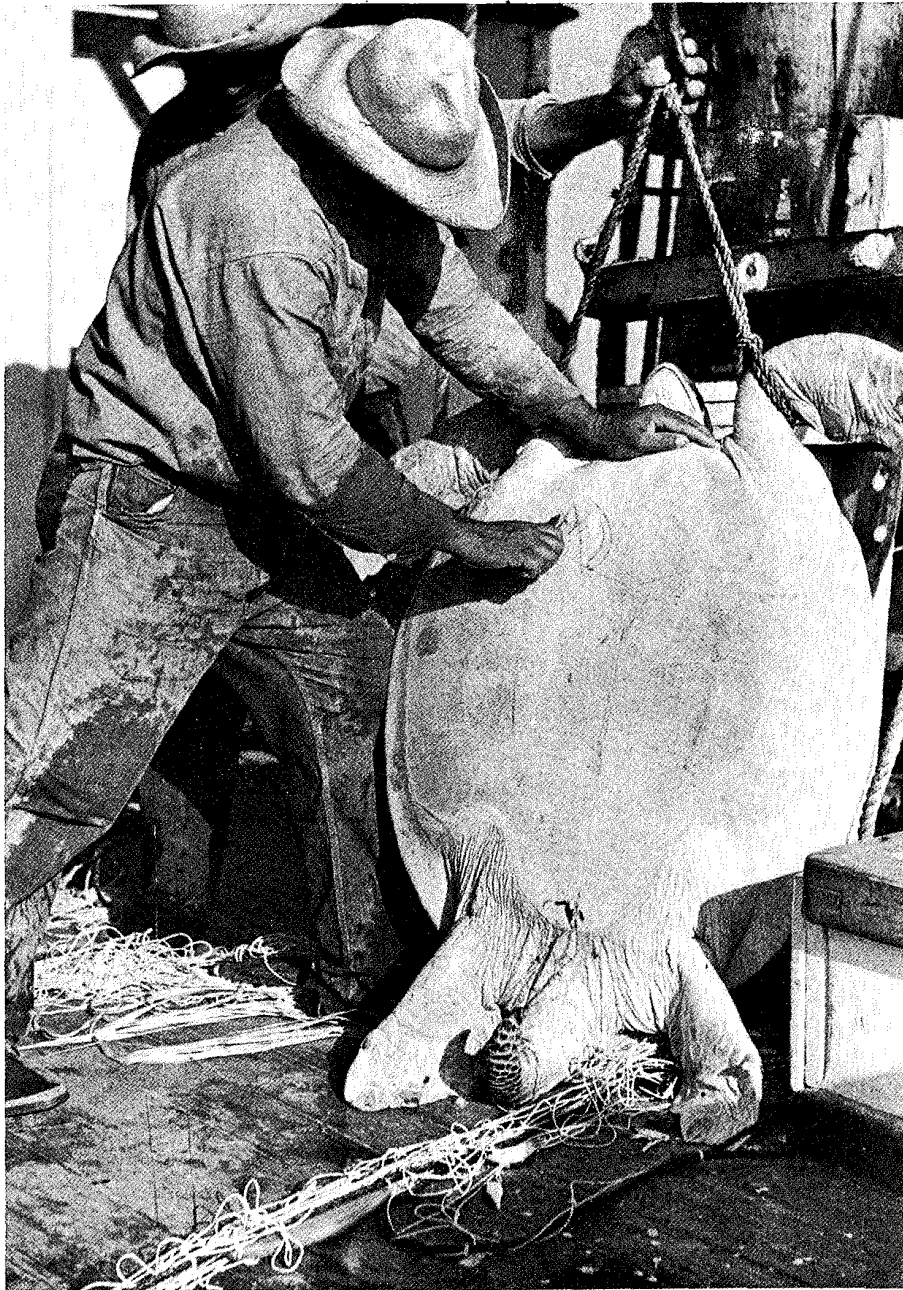


Figura 29. Mediante un grabado indoloro, el patrón marca el producto de su pesca.

Grabando "Ad" que significa *Adams* en la placa coriácea del vientre de la tortuga, el capitán distingue su propia pesca de la de otras embarcaciones. En Key West en los corrales de engorde, las marcas identificarán los "rebaños".

como metro y medio de agua. Ahí se mantienen bien alimentadas las tortugas mientras esperan el día del embarque. El procedimiento me pareció semejante a los rodeos de ganado que son tan familiares en las grandes haciendas de los Estados del Oeste Americano. (Fig. 30).

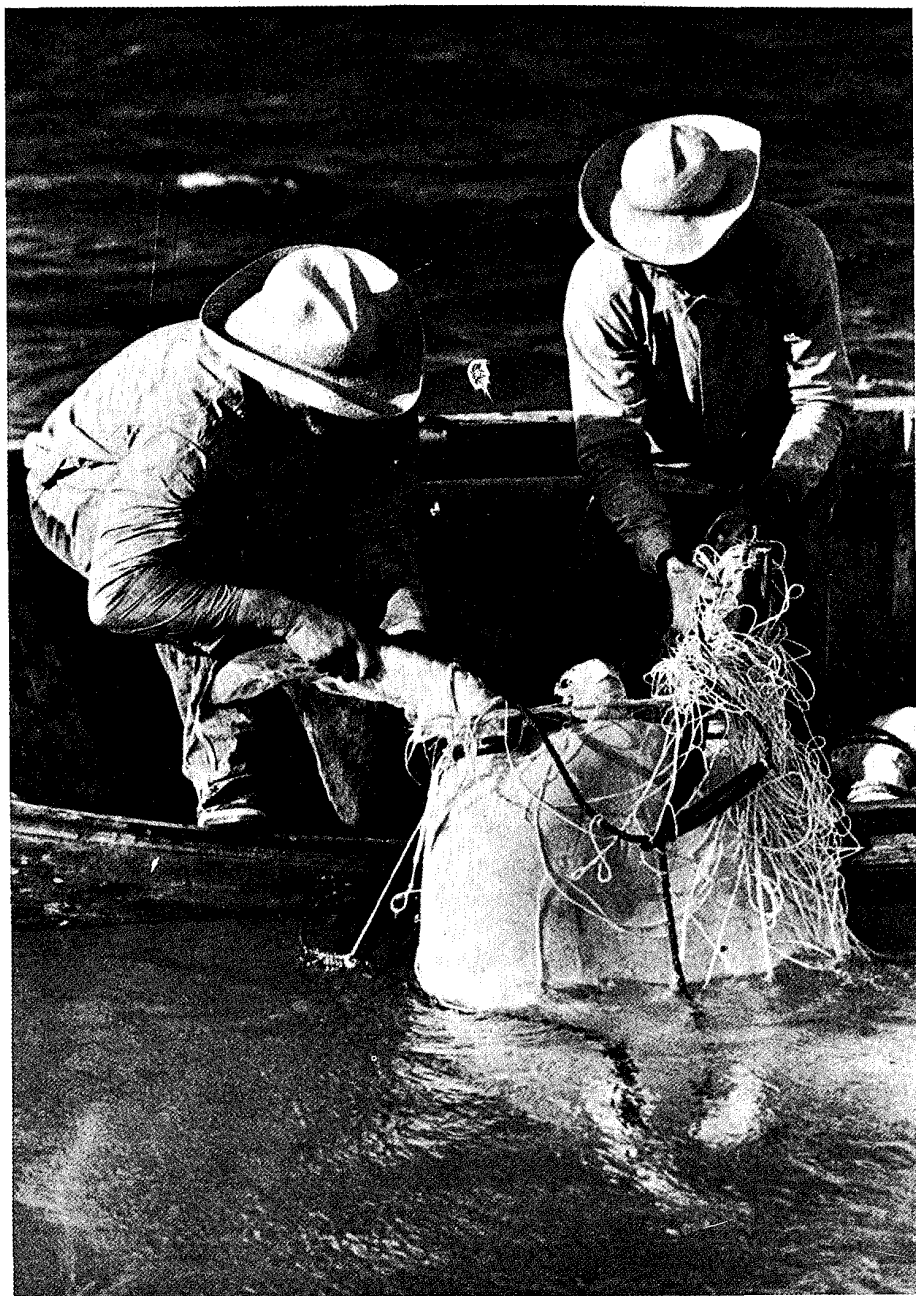


Figura 30. ¡Cuidado con esas aletas, muchachos!

Los tortugeros echan al bote una verdadera gigante atrapada en la red, después de una lucha tremenda. Una vez a bordo, se somete. A las 150 libras, la tortuga es tierna; a las 400 libras, es mejor para sopa.

De Sábado por la tarde a Lunes por la mañana la flota tortuguera permanecía anclada y las tripulaciones se contaban cuentos y disfrutaban de un descanso muy bien merecido. (Fig. 31).

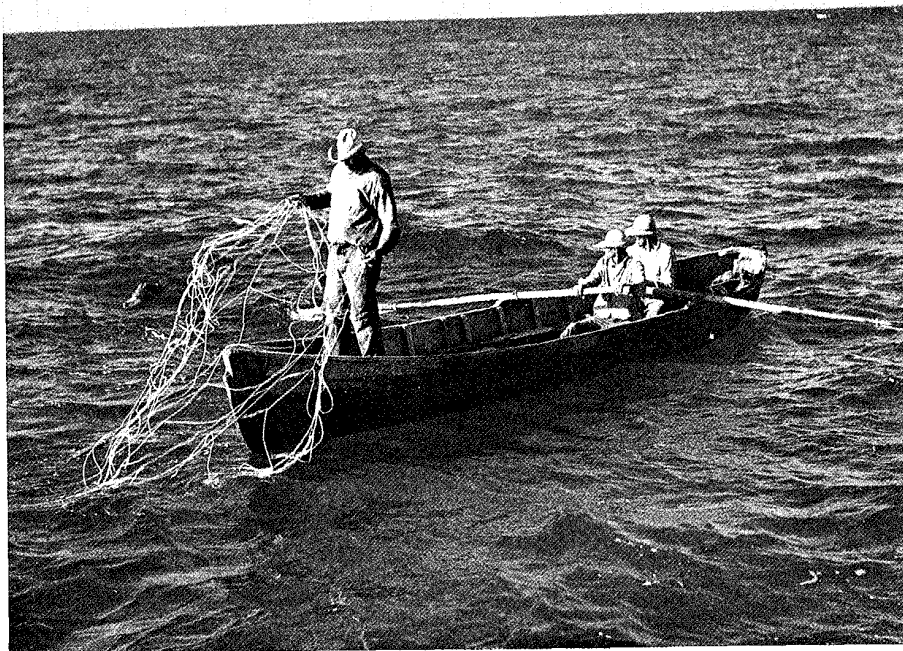


Figura 31. Una vez llegado a los flotadores de corcho al anochecer, el capitán coloca una trampa tortuguera.

Una red tejida de cuerda que pesa 85 libras se tiende sobre la superficie. Atada a los flotadores anclados, se la estira tensamente, mientras los remeros tiran de ella. Las horas de la noche son las propicias para atrapar tortugas, pues ellos "tienen vista de águila en el día".

## LA AGITACION MARCA EL "RODEO" DE TORTUGAS

Esta vez, sin embargo, toda idea de descanso estaba olvidada en el vórtice de actividad alrededor de los corrales. La excitación aumentó cuando los isleños, a mano descubierta, metieron en los corrales a las tortugas que nadaban en forma desordenada. Mientras dos hombres gritaban frases de aliento desde una canoa próxima, un tercero vadeaba en el agua sumergido hasta el pescuezo. Con los brazos y las piernas estirados, avanzaba con cautela, aparentemente sólo agitando el lodoso fondo con los dedos de sus pies. De pronto dio un traspiés y desapareció. Brotó espuma del mar y se produjo un alboroto de manicomio.

## CABALGANDO EN UNA TORTUGA AMARRADA

La espuma brotaba y había remolinos en la superficie del agua. Después hizo erupción el agua y brotó de ella nuestro amigo, afeirado como a su propia vida al lomo de una tortuga. Los gritos de alegría se mezclaban con la espuma, mientras las otras ciento y pico de tortugas del corral estaban enloquecidas. De un lado a otro, en el agua y fuera de ella, el muchacho cabalgaba en su corcel cohete. (Figs. 32 a y b).

Acomodando una mano bajo la garganta del animal y haciendo presión contra el ancho caparazón con sus rodillas, el muchacho timoneó su corcel directamente hacia el lado del corral donde estaban sus amigos. Manos potentes aferraron las aletas del animal, el muchacho empujó, ellos halaron y en menos que un gallo canta, la tortuga cayó en la regala de la canoa. En toda aquella multitud no podría haberse encontrado ni una sola pulgada de roca seca. Cuando el muchacho se salió del agua, otro de sus compañeros saltó a ésta. Entonces, en el tono de hombres que gritaban y de tortugas que pataleaban, comenzó el segundo acto de un asombroso "rodeo".

La tranquilidad normal de los Cayos Mosquitos se vio interrumpida esa noche en que los hombres continuaron la faena en los corrales a la luz de linternas y metieron a bordo de la goleta las últimas tortugas acarreadas en las canoas. Una muchedumbre de tortugas panza arriba poblaban las cuñas de carga, llenaban la bodega, cubrían los puentes, y por último unas cuantas encontraron sitio de descanso bajo el piso del camarote. Puede que Noé haya tenido una lista de pasajeros más variada, pero ciertamente se hubiera visto en aprietos si hubiera tratado de encontrar una más novedosa. (Fig. 33).

A la mañana siguiente me desperté de nuevo para descubrir los Cayos Mosquitos lejos hacia popa, pero esta vez la embarcación iba enfilada con rumbo Norte franco. Las tortugas iban en camino hacia Key West y desde allí hacia muchas despensas del mundo entero. Yo regresaba a casa con la historia y las fotografías de una excitante aventura.

Los días finales del viaje se alejaron con un viento que arrojaba montañas de agua sobre la cubierta de nuestro barco. Sin embargo, la goleta las sorteó felizmente, dejando Nicaragua, Honduras, Belice, la Península de Yucatán y finalmente Cuba lentamente detrás de su estela. Por fin la pequeña nave entró serenamente en el puerto de Key West, para señalar el final de otro viaje a la Costa Mosquita.

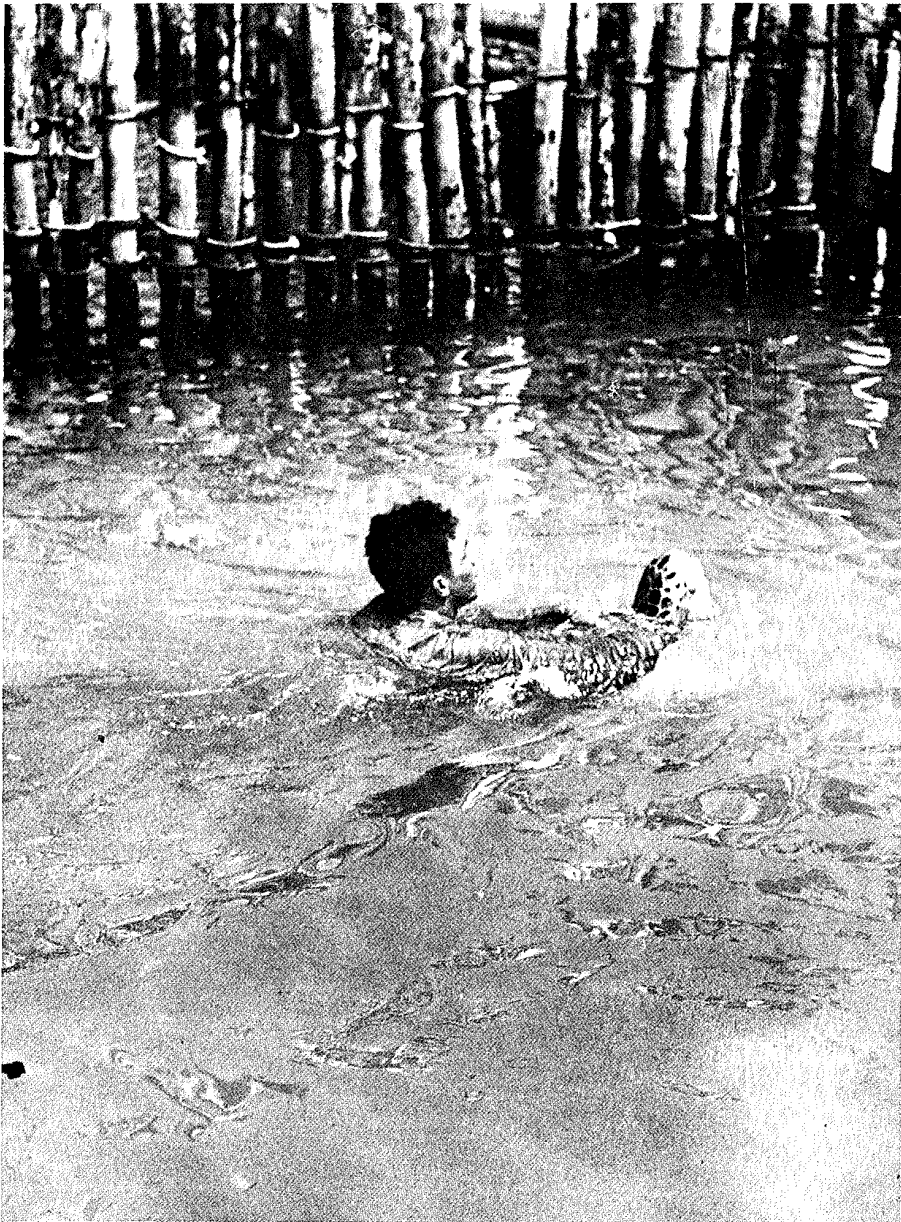


Figura 32, a. ¡Jineté alas, tortuguero! Un caimaniano doma un córcel amarrado a la hora del rodeo.

El corral de este rodeo acuático es una estacada. Primero un muchacho mete una mano bajo la mandíbula sin dientes de la tortuga (arriba izquierda). Se producen salpicaduras cuando el reptil, pateando y resoplando, trata de tumbarlo. Abajo, el jinete aplica una llave de estrangulamiento. Por último, aferra las aletas delanteras y su contendora queda inerte.



Figura 32, b.



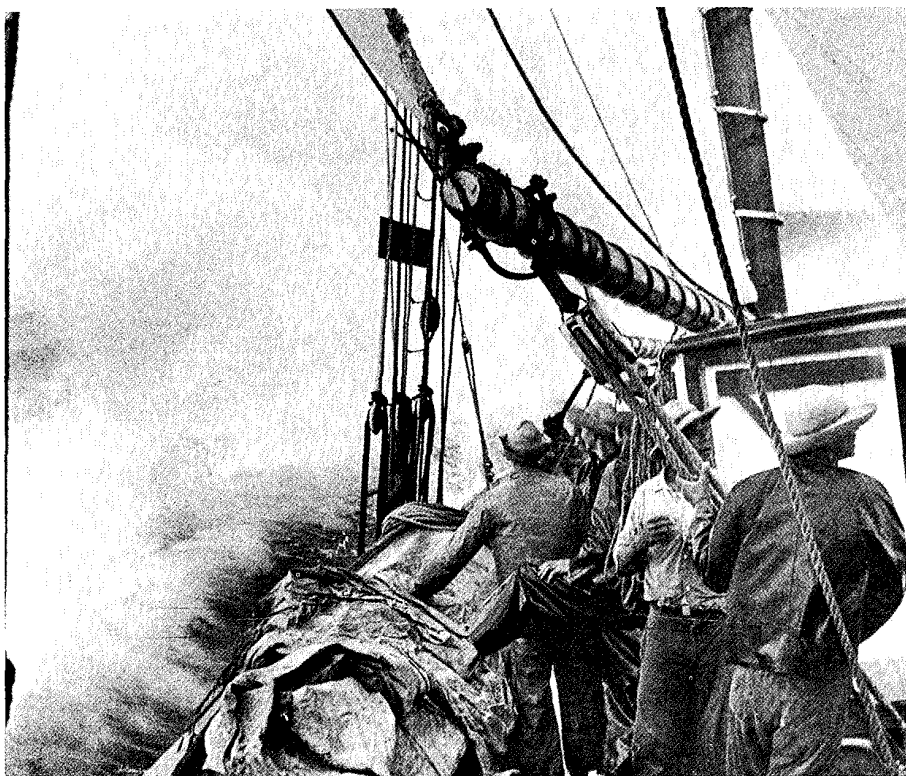


Figura 33. Las salpicaduras saltan hacia el cielo cuando el Caribe enfurecido empapa a la *Adams* en su ruta a casa.

Poniendo rumbo norte desde los Cayos Mosquitos, y llevando a bordo 100,000 libras de tortugas vivas, la embarcación sortea la tempestad en ruta hacia Key West. Se acerca la temporada de huracanes.

## HACIA EL BANCO MISKITO

PETER MATTHIESSEN\*

En lo que se refiere a distancia de la tierra más cercana, la isla más remota en el Caribe es Gran Caimán, cuya vecina más próxima —exceptuando las dos islitas menores de su propio grupo— es la Isla de Pinos, situada a doscientos cincuenta kilómetros hacia el Noroeste. La Isla de Pinos pertenece a Cuba, y se cree que las Islas Caimán son picos que emergen de una cadena montañosa sumergida, que se extiende desde la Sierra Maestra cubana hacia el oeste, a través del Banco de la Misteriosa rumbo al Golfo de Honduras. Hacia el sur de las aguas poco profundas que hay entre las Caimán y el sureste de Cuba, corre la formidable Fosa Caimán, que en ciertos lugares alcanza una profundidad de 6,500 metros. A través de esta hendidura marítima se encuentra Jamaica a unos 280 kilómetros al sureste; y treinta y dos kilómetros más lejos que Jamaica, hacia el suroeste, está la Isla del Cisne, en la plataforma continental de Centro América. Pequeño Caimán y Cayman Brac, a unos 90 kilómetros al noreste de Gran Caimán, fueron descubiertas por Colón en su cuarto viaje en el año 1503. Colón iba hacia el norte desde Panamá a la Hispaniola, y, según el diario que llevaba su hijo Fernando, “el Miércoles 10 del mismo mes de Mayo llegamos a la vista de dos islitas muy pequeñas y bajas, llenas de tortugas, como lo estaba todo el mar circundante, a tal punto que parecían pequeñas rocas, por cuya razón se llamó *Tortugas* a estas islas”. Ponce de León confundió dichas islas con el grupo que ahora se llama Tortugas Secas, situado hacia el oeste de los Cayos de la Florida, y posteriormente las Tortugas de Colón comenzaron a llamarse en inglés Caimans, Caimanes, Caymanos, Kie Manus y Cayman Islands. Todos variantes de la palabra española “caimán” que significa cocodrilo. (Los moradores pronuncian en inglés Gran Keimán y Litl Keimán, con acento en la última sílaba, pero dicen Kéiman Islands y Kéiman Brac. “Brac” es una palabra del inglés antiguo que significa “acantilado” o “pared” y alude a un alto risco escarpado de piedra caliza que se encuentra en el extremo oriental de la isla). Muchas autoridades han puesto en duda los primeros relatos que mencionan cocodrilos en estas lejanas islas y han atribuido el nombre a la presencia allí de la iguana de roca. Pero el cocodrilo americano es natural de la Isla de los Pinos, y un ejemplar fue muerto en Pequeño Caimán en los años del 1930. La especie todavía habita en las costas saladas de mangle de Cabo Sable, Florida, y es esencialmente marina; haya o no procreado en las Islas Caimán, su presencia ocasional en ellas parecería más probable que lo contrario. Sir William Dampier, el gran navegante inglés, que visitó Gran Caimán en 1675, mencionó la presencia de cocodrilos en la superficie de West

\* De: Peter Matthiessen, “To the Miskito Bank”, *The New Yorker*, 28 de Octubre de 1967, pp 120-164 Reproducido con autorización; (c) 1967, The New Yorker Magazine, Inc

Bay. Dampier conocía bien los animales de la Isla de Pinos y podía distinguir al cocodrilo del lagarto. (“Ambas especies”, escribió él, “son llamadas *Caimanes* por los españoles”); no es probable que haya confundido al animal con la iguana que es de mucho menor tamaño, una vegetariana asustadiza de habitats secos interiores, que se encontraba en todo el Caribe en aquel tiempo.

Sea cualquiera su origen, el nombre con que ahora se conocen estas islas es mucho menos adecuado que el que les dio Colón. En el siglo y medio posterior a su visita, las Caimán se convirtieron en el lugar común de los piratas de todas las naciones, que llegaban allá con el objeto único de cazar *tortugas*.\* La tortuga verde, que podía conservarse viva sobre cubierta, suministraba huevos frescos y carne nutritiva en gran abundancia, y por lo general se la reconoce como el factor individual más importante en la exploración del Caribe; aunque desovaba tan lejos al norte como la Isla Bermuda, se la asocia tradicionalmente con las tres pequeñas islas del grupo Caimán, muy lejos en las burbujeantes inmensidades azules al sur del Trópico de Cáncer. Este era el lugar que visitaba ella todos los años de Abril a Septiembre, para arrastrarse en las altas playas blancas y poner sus huevos en la arena cálida.

Aparte las tortugas, las Caimán se consideraban inservibles y ningún país se molestó en reclamar su dominio sobre ellas, hasta el año 1655, cuando Inglaterra arrebató Jamaica a España. Los ingleses reputaron los cayos tortugueros como avanzada de la isla mayor, y los adquirieron oficialmente en 1670, mediante las estipulaciones del Tratado de Madrid. En ese mismo año, los españoles incendiaron veinte casas en “Caimanos”, menos por pobre espíritu deportivo que como esfuerzo para eliminar a los piratas, réprobos y otros elementos de mala reputación que habían convertido aquellas islas en guarida. Es posible que también hayan atacado las dos islas pequeñas, pues se sabe que ellas estaban habitadas ya en 1661; que la conducta de su población fuera diferente de la de Gran Caimán es dudoso, ya que después de la amnistía general del año 1700 fueron des pobladas inmediatamente, y no volvieron a ser habitadas hasta en 1833.

Cuando los primeros colonizadores de verdad llegaron a Gran Caimán, en los años del 1730, había comenzado la decadencia de la tortuga verde. Estaba tan agotada la existencia de tortugas, que ya los barcos no llegaban a Gran Caimán a cazarlas, y aun los propios caimanianos recorrían la costa sur de Cuba y las islas llamadas Jardines de la Reina, en donde la pesca de tortugas se complementaba con el latrocinio. En la tardía fecha de 1798, Gran Caimán fue llamado “nido de piratas” por los españoles de Cuba, que solicitaron a Madrid que la borrarla de la tierra. Henry Morgan y Neal Walker estuvieron entre los famosos maleantes que frecuentaron ese sitio, y Edward Teach, el famoso Barba Negra, una vez “tomó una pequeña tortuguera” en Gran Caimán. Un personaje de “El Pirata” de Sir Walter Scott la describe como un lugar de rufianes en donde “una o dos parejas de individuos pueden morir de un tiro en la mañana y no se vuelve a oír ni se pregunta nada sobre el asunto, igual que si se tratara de pichones del bosque”.

\* En español en el original. (N d.T).

En el siglo XIX, el único cambio señalado en las costumbres de la isla fue la reducción de la piratería al “negocio de los naufragios” —atraer con engaños a los barcos hacia los arrecifes, cobrar prematuros derechos de salvamento, etc— y el traslado de la pesca de tortuga desde el sur de Cuba a los Bancos Miskitos, vasto complejo de cayos, arrecifes y aguas de escaso fondo propias para la pesca frente a las costas de Centro América, con el resultado de que los caimanianos ocuparon no solamente esa costa, sino muchas islas remotas desde San Andrés, posición colombiana, hacia el norte en las Islas de la Bahía, Honduras. Los indios miskitos, expertos tortugeros, fueron reclutados para las tripulaciones —Dampier llevó un arponeador miskito en su viaje a las Célebes— y hubo una migración inversa de estos indios a Gran Caimán. En la actualidad se pueden advertir en las facciones de las familias tortugeras los rasgos muy notorios de la raza india. Por otra parte, el contacto de la isla con el mundo exterior fue algo menos que intermitente, y este contacto vino a menos al adelantar el siglo; los vientos del este que prevalecen allí, habían puesto a las Caimán cerca de todas las antiguas rutas veleras, pero con el advenimiento del vapor y de los cursos rápidos y en línea recta, el barco que pasaba era raras veces algo más de una tenue mancha en el círculo del horizonte. “Ahora en las Caimán estamos prácticamente en el mismo estado en que estábamos en 1682”, escribía George S. S. Hirst, primer historiador de las Caimán, en 1907. “Lo anterior, por supuesto, se refiere solamente a nuestro anticuado sistema de comunicaciones con el mundo exterior”.

En 1908, un vapor antiguo llamado el *S. S. Oteri* estableció un itinerario regular de viajes entre Gran Caimán y Jamaica, pero el viejo navío se rompió al año siguiente y el servicio de barcos con itinerario nunca se ha reanudado. Una empresa enlatadora de tortuga, que inició sus operaciones seis años después, también fracasó en llevar a las Caimán al siglo XX, porque, como el *Oteri*, quebró en su segundo año de labores. En las décadas siguientes, mucha gente emigró a Tampa y a otros puertos de la costa del Golfo, y hoy en día son más los caimanianos que viven en el extranjero que los que residen en las islas. En 1935 la sensación de aislamiento que experimentaban los que todavía quedaban allá, era tan grande, que el Informe Colonial de ese año observaba: “Un aeroplano voló sobre Gran Caimán el 14 de Enero. Ello constituyó un gran acontecimiento, ya que la Dependencia por algún tiempo ha estado fuera de la ruta principal”. Pero los primeros turistas estaban ya en el horizonte. En 1937, el crucero *Atlantis*, de la Royal Mail Line, se detuvo bastante tiempo en Georgetown, capital y principal población de Gran Caimán, para que sus pasajeros se embobaran en el extraño sitio; esta visita de la flota, según el informe de ese año, fue “ocasión de festejos generales en Georgetown”.

El año de la visita del *Atlantis* fue de buenos auspicios para Gran Caimán, pues fue también el de la coronación de Jorge VI. Desde el año 1900, la venta de sellos postales de Caimán a los filatelistas de todo el mundo había establecido la diferencia entre los años de vacas flacas y los de vacas gordas, y la venta de una emisión especial de la coronación contribuyó sustancialmente a la construcción de urgentes faros, una biblioteca y un pequeño hospital. La guerra interrumpió el pequeño flujo de turismo, pero no detuvo la prosperidad; muchos marineros de Caimán encon-

traron empleo en barcos mercantes, mientras en casa las embarcaciones no se daban abasto para satisfacer la demanda de carne de tortuga en tiempo de guerra. Otros productos de la isla —botes, concha de tortuga, piel de tiburón y un mecate duro que se fabrica de los retoños de una palma— también se vendían bien y el total de los depósitos de todos los caimanianos (el número de habitantes en 1943 era de 6,670) en el Banco Nacional de Ahorros alcanzaban la cifra de cerca de cien mil libras esterlinas a fines de la guerra. Los marineros caimanianos todavía disfrutaban de una reputación excelente en los barcos-tanques y cargueros, y un total de mil hombres, o sea la décima parte de la población, ganan dinero para ellos mismos y su familia de esta manera. La bendición viene mezclada con una parte inconveniente, ya que hay una lamentable falta de gente joven en las islas, pero en unión con los buenos años tortugueros y un pequeño pero creciente comercio turístico, los ingresos enviados a casa han hecho que las Caimán sean mucho más prósperas que la mayoría de las islas del Caribe. La baja en las ventas de sellos postales en 1949 ocasionó el primer déficit presupuestario en nueve años, pero ahora ya ha terminado la dependencia respecto a los sellos postales. Según el Informe Colonial de 1956, no había en absoluto pobreza en la isla. En 1960 el resurgimiento de las Islas Caimán recibió el reconocimiento de la primera visita real. Su Alteza Real la Princesa pasó revista de una guardia de honor de Exploradores del Mar en Georgetown, recibió el obsequio de un bolso de piel de tiburón e inauguró un pequeño jardín amurallado junto a la biblioteca, al cual se conoce ahora con el nombre de Parque Real de la Princesa.

Las tortugas verdes han estado ausentes, claro está, por cerca de dos siglos; no obstante, fueron las tortugas las que primeramente me atrajeron hacia Gran Caimán. Como coleccionista infantil de sellos postales, aficionado a los temas geográficos, me había especializado en islas y uno de mis sellos favoritos de las Islas Caimán mostraba una gran *tortuga*\*. Posteriormente comencé a interesarme en la tortuga verde (*Chelonia mydas*) como una especie que va desapareciendo, uno de los últimos reptiles que subsisten desde la era de los dinosaurios y una vagabunda oceánica cuyas habilidades de navegación son todavía más asombrosas que las de las aves.

“El Camino de Barlovento” (*The Windward Road*), un excelente libro de Archie Carr, prominente biólogo de la Universidad de Florida, contiene una historia fascinadora acerca de una goleta tortuguera llamada la *Wilson*. A principios de 1942, cuando esta goleta salió del Banco Miskito con su primer cargamento de la temporada, llevaba sobre cubierta cinco tortugas que remitía a casa un tripulante de la goleta *Adams*, que todavía estaba trabajando en el Banco. Cada una de ellas ostentaba la marca especial de este marinero. Pocos días después se produjo un violento temporal de vientos nortes, y cuando doce días después el mismo marinero de la *Adams* atrapó una de sus cinco tortugas marcadas frente a la Barra Deadman’s (del Muerto), o sea en el mismo sitio en que la había cogido dos semanas antes, se creyó que la tortuga dos veces cogida era prueba evidente del triste destino de la *Wilson*. Pero ésta no había perecido en la tormenta. Era una nave ligera y como tal había logrado un paso rápido hacia Gran Caimán, en donde las cinco tortugas habían sido puestas en un encierro

\* En español en el original. (N.d.T.).

dentro del agua o “corral”.\* Muy poco tiempo después, éste había sido inundado por el mar tormentoso, y las tortugas se habían escapado. La tortuga en cuestión, en no más de doce días y probablemente en menos, había navegado los casi seiscientos kilómetros que hay entre Gran Caimán y su propio asiento coralino en los inmensos bancos frente a las costas de Centro América.

Esta historia de la *Wilson* se había alojado en lo profundo de mi cerebro y fue una de las razones de que un día del mes de Mayo de hace dos años, cambiara mis planes de efectuar una investigación en la Isla de San Andrés y me dirigiera hacia Gran Caimán. Nunca había conversado con nadie que hubiese estado en ese lugar, lo cual es para mí la mejor clase de recomendación, y me sentí frustrado cuando me enteré de que si bien el viaje por mar, que podía efectuarse en pequeñas embarcaciones mercantes que partían de Tampa y Kingston, Jamaica, permanecía sin itinerario fijo, se podía volar directamente de Miami a un aeropuerto de Gran Caimán, la mayor parte de los días de la semana. El viaje, que pasaba directamente sobre Cuba, tomaba aproximadamente dos horas y media y lo llevaba a uno al aeropuerto de la isla a través de una vasta ensenada bordeada de mangles, llamada la Gran Sonda Norte. (Gran Caimán tiene treinta y seis kilómetros de este a oeste y unos trece kilómetros en su parte más ancha; la Gran Sonda Norte tiene diez kilómetros por once y casi la divide en dos).

Ya para Mayo la mayor parte de los turistas cuerdos hace tiempo que han regresado al norte. Desde Mayo a Octubre la isla está sometida a las lluvias, al calor húmedo, y a los mosquitos, en una cantidad tan densa, que se ha sabido que el ganado de ese lugar se sofoca por la congestión nasal producida por los insectos; de Julio en adelante, también existe la amenaza de los huracanes. A pesar de haber llegado sin previa reservación, tuve la suerte de que me enviaran al Club de la Playa, un lugar ventilado y atractivo con cabañas separadas en la Playa Six-Mile (Seis Millas) que describe una curva graciosa de cinco millas de largo al norte de Georgetown en la cara occidental de la isla; en la última década se han construido varios hoteles y casas a lo largo de su recorrido, pero en su parte más septentrional todo está casi vacío. Mientras marchaba por esa playa aquella noche, un suave viento evocaba los fantasmas de las grandes flotillas de tortugas verdes que en otros tiempos respiraban y jugueteaban en estas límpidas aguas y se arrastraban suspirando desde el mar, para enterrar sus huevos redondos y blancos en la arena iluminada por la luna. Regresé a la barra y pedí ron, decidido a emprender un viaje tortuguero antes que fuera demasiado tarde; pues la pesca de tortuga verde y las embarcaciones tortugueras, según andaba el mundo, pronto serían cosa del pasado, y su terminación significaría el final de una época, en Gran Caimán y en todo el Mar Caribe.

Según las investigaciones que realicé en la barra, todavía viajaban regularmente tres embarcaciones al Banco Mískito y algunas más viajaban allá de vez en cuando, pero sólo un barco estaba operando todavía a plena vela. La *Lydia E. Wilson*, para dar el nombre completo a la goleta de que yo

\* En español en el original (N d T.)

había leído, desdeñaba no sólo la fuerza motriz, sino el radio-teléfono, el fathómetro y aun las luces corrientes —en una palabra, todos los adinículos sofisticados que se consideran esenciales en los viajes marítimos modernos. Desafortunadamente, la *Wilson* había partido hacía pocos días hacia Nicaragua, y como un viaje tortuguero puede durar de cuatro a siete semanas, no había esperanzas de su regreso inminente.

Después de recorrer la isla por algunos días, volé de regreso a Miami, pero en los meses siguientes me mantuve en comunicación con aquélla, gracias a la amabilidad de Mr. John Hatch y Sra., propietarios del Club de la Playa, quienes informaron al Capitán Cadian Ebanks, de la *Wilson*, que yo deseaba ir en un viaje tortuguero en la primavera siguiente. El Capitán Cadie, como se le conoce familiarmente, aceptó gustoso mi pretensión, pero en el transcurso del año parece que se persuadió a sí mismo de que yo debía contratar para mí solo su goleta, por una tarifa principesca, y navegar en ella, con esplendor solitario, a todo lo largo y ancho del asoleado Caribe.

Le escribí al capitán y al matrimonio Hatch que yo no iba a contratar la goleta para viaje expreso, y que cualquier otra cosa que un viaje tortuguero ordinario, carecía de interés para mí. Pero cuando llegué, el día 4 de Abril, los Hatch consideraron necesario prevenirme que el Capitán Cadie estaba plantado en una paga gigantesca y que ni mencionar en qué estado mental le había puesto su chasco. Después de tantos meses de planeamiento, yo me rehusaba a creer que toda la empresa podía venirse al suelo en el último minuto, y temprano de la mañana del día 5 de Abril marché hacia West Bay en un carro de alquiler, para tratar de arreglar la situación.

West Bay queda al norte de Georgetown, en el otro extremo de la Playa Six-Mile. Bajo encumbrados almendros, es un lugar tranquilo de patios de arena blanca barridos a escoba, —la maleza es rigurosamente eliminada, para ahuyentar a los mosquitos— coloreados por manchas brillantes de adelfas, hibiscos y buganvillas. Más allá de la aldea, una pared marina de piedra de coral muerto llamada Costa de Hierro se curva alrededor de las Puntas Northwest, Boatswain's y Barker's hacia un largo arrecife que separa el mar, de la Gran Sonda Norte. Hay un canal a través de este arrecife que permite el paso de barcos pesqueros de gran calado a los ancladeros de la Gran Sonda Norte y presumí que hacia allí se había dirigido la *Wilson*, pues no vi señal de ella en West Bay. Después de pedir instrucciones guíé mi automóvil a través de la aldea y seguí un camino que daba vueltas tierra adentro.

El terreno hacia el interior de West Bay es relativamente alto —un distrito desolado y brillante de estratos visibles de piedra caliza y árboles retorcidos. Aparte de los arbustos de *buttonwood* y los manglares de los pantanos, el árbol que más prevalece en Gran Caimán es el quimbombó, sin duda porque su madera suave no sirve para nada; los quimbombós son unos árboles rojizos y se elevan como antorchas a lo largo del camino, atrapando al sol en su cobriza corteza transparente de capas que se desprenden. En las fincas en donde el terreno ha sido sometido a quema, los árboles lucen

demoníacamente en la tierra ennegrecida; yuxtapuestos a los huesos grises de caliza cársica, confieren al paisaje una apariencia infernal que ha hecho que una región de la isla se conozca con el nombre de las Calderas y otra, no lejos, de West Bay, se llame el Infierno.

El Capitán Cadian Ebanks vivía en la parte de West Bay más alejada del mar. Se llegaba a su casa por un largo camino blanco y torcido que se estiraba en la lejanía, entre cabañas y portillos, sobre una loma empinada. Había ganado y bestias caballares en los campos, y garzas blancas, y muchos de los campos estaban cercados con cercas de piedra. El automóvil subió dando tumbos por una senda estrecha entre pastizales y salió a un caminito serpenteante que daba vista al Mar Caribe. Entre la casa y el patio había un cobertizo de cocina y un hombre salió de él cuando yo me acercaba. Bajé del automóvil.

—¿Es Ud. el Capitán Ebanks? —pregunté.

Asintió cortésmente con la cabeza, esperando que yo mismo explicara el objeto de mi presencia. Era un hombre bajo pero ancho de hombros y fuerte, de edad de más de cincuenta años, con el rostro coriáceo y las manos callosas de los pescadores de todo el mundo; su boca era ancha y sus ojos extraños y pequeños, bizcos y descoloridos por el clima del mar; su cabello era color gris acero con parches blancos, y sus pies, con abundante separación entre dedo y dedo, eran gruesos, anchos y de color moreno. Con su nariz impúdica y su rostro al mismo tiempo ancho y delgado, Cadian Ebanks me impresionó como un individuo que no era ni blanco ni negro, y repentinamente comprendí por qué era aquello: sencillamente porque, a un grado inigualado por ningún otro caimaniano que yo hubiese visto, el capitán tenía el aspecto de un indio de pura sangre.

Una vez que le dije mi nombre, comenzó a reír —con una risa suave y placentera que contrajo su rostro e hizo que él se encorvara y pataleara. Después recobró la compostura. Desviando la mirada, me explicó cuidadosamente que uno de sus hijos, marinero de un barco mercante, llamado también Cadian, había estado recientemente en Nueva York y había tratado de ponerse en contacto conmigo con el objeto de conocer mis intenciones sobre este asunto; que como el joven Cadian no me había localizado, el viejo Cadian había supuesto que yo no iba a llegar a Gran Caimán. Reconocía que yo le había escrito avisándole que estaría fuera de casa después de mediados de Marzo, y también era cierto —pareció que no había duda acerca del hecho de que yo me encontraba frente a él en el patio de su casa— que yo había llegado en el aeroplano del 4 de Abril, tal como lo había anunciado. No obstante, me dijo —en este momento me dirigió una mirada socarrona y comenzó a reír de nuevo— que a pesar del hecho de que la *Wilson* había permanecido ociosa en Gran Caimán durante tres semanas y aunque él no tenía razón válida para creer que yo no llegaría, había decidido despachar su lancha hacia Nicaragua dos días antes de mi llegada. Esperaba, así me lo dijo, que regresaría en todo el mes de Mayo.

La perversidad de todo aquello me pareció tan enorme, que no me molesté en protestar; de todos modos, ya era demasiado tarde. La única explicación era el capricho, y ambos lo sabíamos. Aun así, ensayó una expli-



cación, y después otra y otra, hablando con voz tranquila, cejas enarcadas, y rascando con los dedos de los pies el cálido suelo hasta que, incapaz ya de contenerse, dio rienda suelta a una explosión de júbilo que rodó lentamente desde su barriga hasta que todo su cuerpo fue un solo temblor y las lágrimas rodaron de sus ojos. Fue, y sigue siendo, la mejor carcajada que he escuchado en mi vida y era imposible sentirse ofendido por ella; en primer lugar, porque una risa como aquella, arrastra todo ante sí; y en segundo, porque él se estaba riendo también de sí mismo y de la situación desesperada de todo aquel barullo. Yo también tuve que reírme, aunque igualmente pude haber llorado. Bajo la mirada amplia de varios chiquillos, que se habían acercado a nosotros para contemplarnos desde troncos de árboles y otros puntos sobresalientes, ambos nos encontrábamos jadeando en el patio de él. La risa terminó. Permaneció en pie un rato con las manos en los bolsillos, con la mirada perdida hacia la costa en dirección a Punta Boatswain's. Sentíase una fuerte brisa del este, un viento alisio en dirección a Nicaragua, y las nubes de algodón se estaban concentrando en largos listones sobre el mar.

—Lo siento mucho, *hom'*, —dijo el Capitán Cadie, después de un rato. Su pesar era tan sincero e inconfundible como su risa. Como para compensarme por el viaje perdido, retiró un viejo encerado que cubría cinco tortugas verdes, las cuales se encontraban panza arriba bajo un árbol de mango. Tratábase de ejemplares pequeños, de doscientas libras o menos, y provenían de un nuevo campo tortuguero que él había descubierto en su último viaje. Dentro de unos pocos días, las mataría para vender la carne localmente. Una de las tortugas me hizo un guiño lúgubre y ambos proferimos un triste suspiro. Yo había recelado vagamente las incomodidades del viaje —el agua y la comida rancias, los camarotes estrechos y el mal olor insoportable de una lancha tortuguera bajo el sol tropical— pero ahora esas cosas parecían de pequeña importancia. Se había perdido la oportunidad de ser testigo de algo antiguo y maravilloso; parecía inconcebible que una lancha enteramente a vela pudiera continuar operando siquiera por un año, y el mercado de tortugas verdes, como estos mismos reptiles, podía desaparecer. Le dije al Capitán Cadie que me quedaría allá por unos días, ya que había llegado a la isla, y que consideraría la posibilidad de efectuar el viaje en la primavera siguiente.

—Esto 'tá mejó, *hom'*, —dijo él cortésmente. —Iremos el año que viene.

Nos dimos la mano y le dije que me escribiera en el invierno si cambiaban sus planes o si deseaba que yo le llevara algo en la primavera.

—Bueno —dijo él con picardía, sin llegar a reírse abiertamente—, si tenés un lugarcito en tu equipaje, *hom'*, quisiera *pedite* que me traigás un motor diesel *pa'* mi lancha... He estado pensando *poné motó* a la *Wilson*. Tal vez le recorte el mástil. Todos esos barcos con *motó*, *hom'*... mucha competencia. Así que he estado pensando con un *motó*, *hom'*, la lancha corre más correctamente.

Tuve la sensación de que él estaba ejerciendo sobre mí una suave coacción, aplicando mi deseo de viajar en su lancha, y sólo en su lancha, a cualquier cuenta que tuviéramos en conjunto en el futuro.

A fines de Febrero del año siguiente, cuando la *Lydia E. Wilson* partió de Gran Caimán, muchos isleños llegaron a la costa a verla partir. Durante treinta años, la salida de la *Wilson* había atraído menos atención que un leve cambio de viento, pues ella no era más que una de la larga lista de lanchas caimanianas que por más de un siglo habían viajado a Nicaragua a perseguir a la tortuga verde. Pero este año se había regado la noticia de que se dirigía a las Islas de la Bahía, Honduras, en donde sería convertida en lancha de motor. La última y más veloz de las lanchas de vela de la flota caimaniana, bajó aquella mañana de la Gran Sonda Norte, según me contaron, a lo largo de la costa Occidental en el costado de sotavento de la isla. Con velas desplegadas pasó abajo de Punta Suroeste y allí la prendieron los vientos alisios; en el horizonte sur se perdió rápida, ágil y vivamente.

El once de Abril regresó a la isla y echó ancla en uno de los muelles de Georgetown. Durante los días posteriores, llegaron caimanianos de toda la isla a mirarla. Se paraban en grupos a lo largo del litoral dibujado al pastel. Debido a que tienen costumbre de hablar en voz baja, sus reacciones ante la nueva lancha de motor eran corteses, pero había una pesadumbre de una especie que no se había sentido desde 1958, cuando la lancha Goldfield fue vendida a intereses comerciales colombianos y se redujo la flota velera a una sola embarcación. (“Los ojos de muchos caimanianos se humedecieron el día en que ella se fue”, decía un párrafo del Informe Colonial de ese triste año). Todas las integrantes de la vieja flota, excepto la *Adams* y la *Jimson* —ambas motorizadas hace años— se habían hundido o habían sido vendidas; ahora la *Lydia E. Wilson* también había desaparecido, y en los corazones de los caimanianos ella nunca será reemplazada por aquel rudo armatoste que ostentaba la sencilla palabra “WILSON” en la popa. Sus altas berlingas habían sido recortadas a la mitad de su altura, y el palo mayor ya no llevaba vela. La parte trasera de la cubierta, anteriormente despejada, había desaparecido bajo un camarote de cubierta, todavía sin pintar, que contribuía a conferir a sus líneas un abultamiento nuevo.

Habiendo llegado a Gran Caimán para embarcarme en la *Wilson* en su primer viaje tortuguero motorizado, me vi observado con lástima, puesto que yo nunca la había conocido cuando funcionaba a vela. Seth Arch, un lancharo que había ayudado a construirla, me dijo:

—Era una lanchita linda, *hom'*, no te equivoqués. Toda de pura caoba, todita. Y era grande en el mar.

Y Gleason Ebanks, primo del Capitán Cadie, dijo:

—Era como una potranca salvaje, *hom'*, ¡así era ella! Veintidós kilómetros por hora —veintidós kilómetros *por hora*, *hom'*. ¡Nadie la alcanzaba!

Un marinero llamado Jim Rivers me dijo:

—Yo la vi hacer un promedio de dieciocho kilómetros por hora en un trecho de trescientos sesenta kilómetros bajando hacia los bancos.

Jim Rivers iba a ser el contra maestre en este primer viaje motorizado; cuando le pregunté si el motor le facilitaría su trabajo, sólo se encogió de hombros.

La tarde que llegué a Gran Caimán, el Capitán Cadie estaba ocupado con una hélice de la *Wilson*, desprendiéndole una de las aspas que estaba doblada —primer problema mecánico en la larga historia de su embarcación. Hacia el atardecer, cuando sus hombres le llevaron en bote de remos de nuevo a tierra, su aguda mirada me descubrió entre la gente del muelle, y se sonrió tímidamente, volviendo la cabeza a otro lado.

—Así que ésta es la *Wilson* —dije yo al estrechar su mano. Lo dije con desagrado, pues estaba furioso con él y conmigo mismo por haberme fiado de él.

—*Es'és la Wilson, 'tá bien,* —dijo el Capitán Cadie. Le dirigió una mirada—. *O era.*

En vano luchaba él contra las ganas de reírse.

—Bueno, ¿cómo *l'encuentras?* —me preguntó en tono burlón.

Le respondí que la encontraría mucho mejor si la hubiera provisto de berlingas en vez de mástiles de carga, y aceptó que los mástiles habían sido recortados demasiado.

—*Hom', hom',* —dijo, dándome golpecitos en el hombro, como para tranquilizarse.

Se sentía sinceramente complacido de verme, —en gran parte, muy pronto lo descubrí, porque al volver después de llevarme a los cayos tortugueros, pensaba cobrarme un “*fuate honorario*”—. Como había tenido muchos gastos en Honduras, me dijo con franqueza, tenía que disminuir sus pérdidas. Seguramente yo podría comprenderlo. Me hizo un guiño, esbozando una sonrisa. El Capitán Cadie sabía que, después de haber perseguido su escurridiza embarcación durante dos años, no era probable que me dejara frenar en el último momento a causa de gastos extras, por irrazonables que fueran. Pero esa situación no estaba tan clara para mí como lo estaba para él, y, creyendo producirle cierto desaliento, partí con una demostración de disgusto, advirtiéndole como por no dejar mientras me retiraba, que si decidía acompañarle al Banco Mískito, se lo haría saber dentro de pocos días.

—*Está pefecto, hom'* —dijo él—. Sencillamente *pefecto.*

La víspera de la partida de la *Wilson*, el capitán y yo fuimos a Cayman Arms, una cantina situada frente a la bahía, y sellamos nuestro trato. Cuando le dije que por la cantidad que me cobraba tendría que darme una comida excelente, me dijo:

—*Voy a date montones de cane de totuga fresca, hom'.*

Le repliqué que la piratería no había terminado completamente en Gran Caimán, y él, con gran alegría, se puso de acuerdo conmigo.

El día 19 de Abril por la mañana llevé mi equipaje al muelle y entré al almacén de Willie Bodden a hacerme un corte de pelo. Desde el sillón de la barbería podía divisar a la *Wilson*: las últimas provisiones estaban siendo embarcadas. Un anciano capitán tortuguero, frágil y ciego, estaba sentado en un rincón del establecimiento; hablaba sin dirigirse a nadie en particular, acerca de los días cuando podía haber comprado todo lo largo de la Playa Six-Mile por una bagatela.

—Hom', —me dice: “Precioso, esa tierra nunca hará a Ud. ni un pedacito de bien”. Yo digo: “Hom', cuando todo mi dinero se haya ido y yo 'té viejo, todavía tengo esa tierra”. ¡Diantre!, si hubiera sabido lo que ahora sé, sería un hijo de *pueca* millonario.

Yo había descubierto que los cambios en la *Wilson* eran sólo una pequeña parte de la metamorfosis que rápidamente iba sobreviniendo a Gran Caimán. La primera vez que había estado allá, dos años antes, los turistas eran una tan *rara avis*, que era imposible conseguir el aceite para simular piel morena por el sol. Pero ahora había dos supermercados y una tienda de regalos, y la Playa Six-Mile de cinco millas se mencionaba ya como la Playa Seven-Mile (Siete Millas). Había patinaje acuático y carros para alquilar, y arriba, en el Infierno, había un *night-club* nuevo con su propia oficina postal interna, de tal manera que los turistas pudieran enviar postales con un lindo resello de correo, y alguien había pensado en imprimir folletos laudatorios de esta isleta tropical “que el tiempo olvidó”.

Un miembro de la tripulación de la *Wilson* entró a la barbería borracho como una cuba. Deseaba revenderle a Willie Bodden una provisión de cigarrillos que él mismo le había comprado la víspera. Bodden le devolvió el dinero sin chistar, y el hombre salió haciendo esos bajo el sol.

Una hora después, al subir a bordo de la *Wilson*, el marinero estaba más borracho que antes y llevaba una botella de ron bajo la camisa. Se tambaleaba y gritaba y casi se caía, pero el Capitán Cadie tenía paciencia con él y de vez en cuando lo sostenía y le corregía la ruta, como si se tratase de un maniquí. De pronto el capitán encontró la botella de ron y se llenó de cólera. Metiendo la mano bajo la camisa del marinero, arrancó de allí la botella con todo y los botones de la camisa, y la arrojó cuan lejos pudo al mar.

El marinero se quedó mirando la botella fugitiva y comenzó a temblar.

—Oiga, Capitán Cadie, oiga, 'mano, vuélvame a tierra, —dijo—. No puedo ¡' con Ud. ahora, Capitán Cadie.

El capitán, sin responderle, le dio un empujón y lo metió al camarote. Ya le faltaba un hombre —no había podido conseguir cocinero— y no quería perder a otro.

Me situé a proa, hallando un puesto elevado desde el cual podía observar toda la cubierta. Como en casi todas las embarcaciones de pesca comercial, la cubierta de la *Wilson* estaba casi totalmente atestada de equipo.

En la proa había anclas, cadenas y cabrestantes, la popa estaba apretujada de trozos de madera y barriles de cien galones de aceite combustible y de agua. En la mediación del barco, entre pesados mástiles de pinabete, se encontraba el bote de remos, amarrado sobre la cubierta como una jaba de gallinas descarriada. Dos botes de vela descansaban sobre sus costados en la sección más ancha de la embarcación; para ir de un extremo a otro de la *Wilson*, a uno y otro costado, había necesidad de escurrirse entre el bote de velas y el de remos. El resto de la cubierta —la *Wilson* tenía veintidós metros de largo por cinco metros y medio en su parte más ancha— estaba invadido por el camarote de cubierta, la bomba de achicamiento, las portezuelas de las escotillas y los aparejos. Bajo cubierta, la bodega principal estaba reservada, como lo había estado antes de la transformación, para las tortugas, pero lo que anteriormente había sido dormitorio de los marineros (la tripulación tenía que dormir ahora en el camarote de cubierta) se había convertido en una bodega de almacenamiento y la bodega trasera le había sido cedida a las nuevas máquinas.

Por vez primera en su larga historia, la *Wilson* llevaba maquinista, y mientras yo observaba los preparativos de la partida, el individuo así llamado subió desde el cuarto de máquinas vistiendo una camisa T y pantalones holgados de trabajo, que también estaban negros de tan mugrientos. Tratábase de Brown, uno de los dos marineros negros que el Capitán Cadie había contratado en Honduras. Ha habido una colonia caimaniana en las Islas de la Bahía durante más de un siglo, y todavía se habla allí el inglés, aunque Brown —con su sombrero\* y sus correas de barbiquejo, sus dientes de oro y sus largas patillas— afectaba el estilo de un *bandido\** centroamericano.

El segundo hondureño, Alfred Buttrum (a) *Speedy* (el Rápido), se sumergía repetidas veces bajo el casco, ajustando la hélice a su eje, que había sido colocado de nuevo después de enderezarlo. Los demás marineros, todos caimanianos de diversos colores de piel, estaban estibando provisiones de boca y repuestos de drizas: Jim Rivers, Contra maestre; Carl Ebanks, ex-marinero mercante; Lloyd (Leewell) Ebanks, ex-marinero de la goleta tortuguera *Adams*; Adonis Powery, primo del Capitán John Powery, de la *Cayman Venture*, quien recientemente había pescado una tortuga verde que fácilmente pesaba más de seiscientas libras; y James (Junior) Ebanks, de dieciséis años de edad, uno de los hijos del capitán. (El apellido Ebanks es ubicuo en Gran Caimán, y Carl y Leewell no se consideraban parientes del capitán ni entre sí).

Al mediar la tarde el Capitán Cadie había enviado a tierra por la última pieza de aparejos y dio la orden de encender las máquinas. La tripulación se dirigió a la proa a levar ancla, tarea que se llevó a cabo con ayuda de un pesado malacate de hierro y madera. Dicho malacate había sido diseñado y confeccionado en Lunenburg, Nova Scotia, famosa población pesquera y centro portuario de operaciones de la *Bluenose* y otras grandes goletas que rivalizaban con la *Gloucestermen* en el Gran Banco. La semejanza de la goleta caimaniana con los barcos pesqueros del Atlántico Norte

\* *Sombrero*, *bandido*, en español en el original. (N d T.).

del siglo XIX es muy marcada, pues el casco de la goleta que empezó a usarse en Caimán hace cuarenta años (cuando ya estaba desapareciendo en el resto del mundo) había sido diseñado en Nova Scotia.

A las cuatro de la tarde, la *Wilson* había dejado atrás los paisajes verdes y rosados pintados al pastel de Georgetown; con gran trabajo descendió a lo largo de la costa hacia Punta Suroeste. Al otro lado de Red Bay, los árboles de *casuarina* en Prospect, permanentemente inclinados, se doblaban en la dirección de los vientos alisios y bandadas de aves fragatas describían círculos en el viento. Los restos de un antiguo naufragio se alzaban cual serpiente marina en las olas agitadas. La víspera habían soplado fuertes ventarrones, pero se habían calmado ligeramente. La *Wilson* había izado su trinquete achaparrado y su foque, para adquirir algunos nudos extra de velocidad; pasó más allá del costado de sotavento de la isla, hacia las aguas azul-oscuras bajo techo de nubes blancas, del inmenso océano. En medio del viento, el ruido de las máquinas que se alejaba hacia popa y, al mirar arriba hacia el cielo, las velas y los aparejos, casi podía yo evocar los viajes de antaño. Pero no había manera de evitar la vibración bajo los pies, ni el olor a diesel que nos llegaba en remolinos en el aire salado del mar.

Algunos parches de sargazos flotaban cerca de la embarcación, y el primer pez volador, con sus alas translúcidas, brincó libre de la ola de popa y se alejó rápidamente. No había transcurrido ni una hora cuando Jim Rivers, lavándose las manos en agua de lluvia recogida en el bote de velas, le dijo a Leewell:

—Enfilamos ahora para el Sur, *hom'*. Ya la tierra se hundió.

Un bulto de tabaco en el carrillo de Jim Rivers daba a su rostro una extraña configuración. Con su sombrero de palma y sus desteñidos pantalones hasta la rodilla, descalzo, el contraмаestre parecía un marinero de otro siglo, mientras que Leewell, con sus pantalones color kaki limpios y su gorra de visera, resultaba un marinero moderno, familiarizado ya con todas las comodidades de las tripulaciones de barcos mercantes. Leewell atisbó hacia popa. Para cualquier marino, la desaparición de tierra es un momento que debe ser advertido, no importa cuántas veces lo haya uno experimentado, y Leewell repitió pensativo:

—¿Se hundió ya?

Jim Rivers asintió con la cabeza.

El día del tortuguero comienza y termina con la luz del sol. Al atardecer, comíamos arroz y frijoles, café y pan, y al caer la noche todos excepto el timonel nos acostábamos. En la *Wilson* no había electricidad, salvo una pequeña bujía en la sala de máquinas, accionada por un generador; para leer la brújula había que usar una lámpara de kerosine, pegada a la bitácora, que bloqueaba parcialmente la única puerta de entrada al camarote. El timón quedaba directamente detrás de éste, y el timonel miraba ade-

lante, no al mar y las estrellas, sino las tarimas de sus compañeros, que se habían encaramado a descansar sobre su brújula. Mientras no se construyese una nueva caseta para el timón y éste se trasladase a la parte delantera, el timonel de la *Wilson* tendría que dirigirse enteramente por los instrumentos, y como en altamar no hay rótulos que señalen las preferencias del tránsito, dependería de lo vacío del Mar Caribe Occidental para proteger a su embarcación de choques contra objetos no vistos.

“Sólo quien haya experimentado una travesía en uno de ellos puede concebir las horribles incomodidades de los viajes largos”, escribió en 1909 un veterano de los barcos tortugueros; y las condiciones no han cambiado mucho desde entonces. Aun alguien que quiera renunciar al agua limpia, el buen dormir, el servicio sanitario, los alimentos sin carbohidratos y el aislamiento privado, podría encontrar difícil acostumbrarse a un timonel que maneja a ciegas, especialmente a bordo de una burda y vieja embarcación que hace agua, que lleva una estufa de leña al aire libre a guisa de cocina, y que carece en absoluto de un equipo tan primordial como el de luz eléctrica, sirena, extinguidores de incendio y salvavidas. El Capitán Cadie se había comprado un radio-teléfono para llevarlo en su nuevo camarote, pero nunca le había funcionado. Le pregunté por qué no lo había probado antes de pagarlo y me dijo:

—Tenía que *habé* funcionado, *hom'*, y si no, *¿pa'* qué diablos los hacen?

Aquella primera noche en que íbamos con rumbo sur franco, le ordenó al timonel que pusiera el codaste en línea recta con la estrella polar, “*pa' vé' si esa hija de puta brújula sirve pa' algo*”.

Como el camarote y sus camastros eran pequeños y estrechos, sin verdadera ventilación, y como no había suficientes camastros, yo coloqué mi colchón enrollable sobre el puentecito de popa. Aunque este último tenía techo para proteger del sol, brindaba muy poco abrigo en caso de lluvia con viento, y varias veces durante el viaje tuve que saltar de mi colchón y levantarlo hasta cerca del techo para preservarlo de mojarse, mientras pasaba el aguacero. La embarcación daba tales tumbos en las olas agitadas, que casi tuve que desinflar mi colchón de aire, pues de otra manera hubiera rebotado fuera de él. Pero sobre cubierta era posible estirarlo a plenitud, soplaba aire fresco y podía escuchar la mayor parte de las conversaciones del camarote. Los marinos hablaban de viejos tortugueros y lanchas tortugueras, de grandes tormentas en los Bancos Miskitos, de los barracudas y de los lucios ponzoñosos que se pescan en la Playa Six-Mile, y de la brujería llamada *obeah* que llegó de Jamaica a las Caimán. Adonis Powery era la autoridad máxima en *obeah* y habló con conocimiento de causa aquella primera noche, sobre noches pasadas encima de tumbas, tres nudos, cabellos humanos y el Libro de Moisés.

—Has de *matá'* a cinco o seis individuos, *hom'*, con sólo *aprendé'* —dijo Adonis.

Al amanecer, el viento había amainado, y muy arriba en el oeste, hacia la Isla del Cisne, una nube sonrosada aprisionaba la luz del sol naciente,

todavía invisible bajo los bancos del este. Cuando salió el sol, tenía un feo color amarillento. Sus rayos arrojaban destellos rigurosos sobre la húmeda cubierta del barco y ponían de un gris incierto la superficie del mar, cual escoria derretida. Después se desvaneció en la sombra de un aguacero sobreviniente.

—Eso é lo que llamamos lluvia con buen tiempo, —dijo Carl Ebanks cuando pasó la lluvia—. Después de una lluvia así, tenemos buen tiempo.

Carl Ebanks era un individuo flaco, de mirada triste, que gustaba de que le dieran bromas pesadas y se mofaran de él; hubiera echado de menos que no se las dieran. Despectivamente el capitán le contradijo, al afirmar que el viento refrescaría con la misma intensidad del día anterior. Y efectivamente, al promediar la mañana, el viento del este comenzó a soplar y a producir elevadas crestas en el mar. El cielo y el agua eran de un azul salvaje y alegre, y durante todo el día, a pesar del viento, la *Wilson* topó aves migratorias enrumbadas hacia el norte. La golondrina (que puede recorrer una larga ruta desde Chile) era el ave más común; las golondrinas se posaban en los rebenques y tomaban agua de lluvia en los pequeños y vibrantes depósitos de los tambores verticales de combustible. Pasaron garzas y una bandada de avefrías doradas, y otras aves demasiado lejanas para identificarlas; su ruta se cruzaba con la de la gaviota boba, la tijereta y otras que son naturales de estos mares. Pasé la mayor parte del día sentado en la proa. A mi alrededor, en el revoltijo de jarcias y aparejos, estaban las tramas de maderas saladas y hierro enmohecido, el olor de la brea y el calafate, los mecates de cáñamo y la lona mojada. En un día brillante y fresco en el mar, con el viento marino golpeándole a uno el rostro y el sol tropical dándole de lleno en los pies descalzos, se puede recuperar la sensación infantil de estar en el centro del tiempo, sin que éste transcurra.

A mediodía el capitán sacó un sextante antiguo y verificó una lectura del sol. Después, arrodillado y apoyándose en los codos, localizó nuestra posición en una carta de navegación toda rota que había extendido sobre cubierta.

—Yo exacto al segundo, *hom'*, ¿ves eso?, exacto al segundo, —dijo orgullosamente, pero según resultó después, su reloj tenía una inexactitud de casi media hora. Cuando descubrió esto, al anochecer, la *Wilson*, aunque todavía a un día de navegación de los campos tortugueros, había llegado al confín exterior del Banco Miskito. Alrededor de medianoche, llegaría por el través de Cayo Gordo. El ancho banco de la plataforma continental, con sus arrecifes sumergidos, raras islas y bajíos de subsuelo roto, es una famosa tumba de embarcaciones, y el peor lugar a que puede llegar de noche una lancha que no está segura de su posición. Pero anclar en aquel momento en el confín septentrional del Banco significaría recibir terribles embates del mar, así como perder la pesca de un día posteriormente. Navegamos varias millas hacia el oriente, para volver a aguas profundas, y después pusimos proa hacia el sur nuevamente.

No puedo decir que dormí bien. Con un tiempo como aquél, un sistema de timón como el de la *Wilson* y la ausencia de equipo salvavidas, era



difícil apartar de la mente aquellos arrecifes al acecho, y mis vagos temores no se aminoraron cuando algunas cuerdas podridas que amarraban el botalón se soltaron y el inmenso madero, rodando de un lado a otro con el balanceo de la *Wilson*, rompió el marco de la tubería y el tubo de escape de la máquina de estribor. La sala de máquinas se llenó inmediatamente de humo de diesel, y durante quince minutos en esa atmósfera sofocante, el silencioso Brown estuvo trabajando para arreglar el tubo, moviéndose letárgicamente en medio de la oscuridad, como si aquel lugar emponzoñado fuera su medio ambiente natural.

Speedy emergió de la oscuridad y me dio un zapote fresco de Caimán.

—*Frutita mu rica é'ta* —dijo—, mirando cariñosamente el objeto rugoso que tenía en la mano. Speedy era un hombre generoso, pequeño y fuerte, marinero hábil de cuerpo toda su vida, con los reflejos y las manos más rápidos que yo hubiera visto; era un placer contemplarle trabajando. Me contó que en Roatán, en las Islas de la Bahía, poseía cincuenta y cinco acres y tres vacas; que cuando hubiese ganado suficiente dinero para comprar algunas otras vacas, dejaría el mar.

—Speedy lo hará, *hom'*, —dijo Speedy. —Speedy trabajando bien. Y no me preocupo, *hom'*. Nunca me he preocupado todavía. Pero suficiente de mar. ¿No me gusta algo? Pues me muevo. *Rááápido, hom'*. Por eso me llaman Speedy. Porque yo soy *rááápido, hom'*. Me muevo *rááápido*.

Antes de amanecer, aparecieron las luces eléctricas de la primera embarcación que avistábamos desde que salimos de Gran Caimán. El Capitán Cadie decidió que ella debía estar saliendo en el lado sur del Arrecife Alargado, y que nosotros podríamos penetrar al laberinto de arrecifes por el mismo canal. La *Wilson* viró de sur a suroeste. Al salir el sol, se encontraba sobre el banco; el agua se tornó rápidamente del frío azul-oscuro al opaco azul verdoso del bajo exterior.

Algunos peces voladores, atraídos por la luz de la máquina, habían caído a bordo la noche antes, y el capitán cortó el costado blanco y con rayas de uno de ellos y lo puso en un anzuelo como cebo.

—Vuelas muy alto, querido, —le dijo al pescado— y te estrellaste al aterrizar.

También usamos como cebo una pluma blanca y reluciente que yo había traído conmigo, y ambos cogimos peces. Jim Rivers me contó acerca de una época famosa, al cruzar el banco, cuando en hora y media, cogieron trescientas libras de atunes, lucios, dorados y bonitos, pero hoy nos conformamos con tres o cuatro pejerreyes, una macarela española y uno que otro barracuda. Los peces saltaban fuera del agua reluciente, aleteando y moviéndose rápidamente en la cubierta, entre pies descalzos. Los que no pudimos comer fueron salados y puestos a secar en el techo de la cocina, aportándole un nuevo aroma a los fuertes olores del fogón que eran ya menos que incitantes. Al principio por la falta de cocinero, Speedy se ofreció para cocinar y resultó en ello, como en todo, muy competente; pero

posteriormente fue sustituido por Adonis Powery, quien no se sentía bien para trabajar en cubierta. Adonis, que padecía de asma, era un enfermo alegre, su bigote descuidado, su gorra de visera permanentemente al revés sobre la cabeza desigual y su traje mugriento y flojo, conferíanle un aspecto permanente de que se iba a desintegrar, y hasta el capitán, que no se andaba con melindres, objetaba los pingajos sueltos de la ropa de Adonis que siempre estaban “lamiendo la comida”. Esencialmente esta consistía en arroz hervido y vuelto a hervir y arreglado con lo que viniera a mano; siempre había un pan pesado, hecho en el horno de la embarcación, y una masa dulce que llamaban “johnnycake”, la cual tenía un feo resabio de remedio. Este sabor a remedio, que aparecía inesperadamente con fuerza variada en todos los alimentos y era la característica principal del café, provenía de un residuo de aceite diesel en el tambor que contenía el agua potable. Amarrado al palo mayor al aire libre, este tambor tenía perforado un agujero en la superficie superior; el sol añadía calor al aura del petróleo; y en pocos días el agua estaba enturbiada por una costra lechosa.

La *Wilson* cruzó la esquina sureste del Banco Gordo y enfiló hacia el oeste rumbo a los Arrecifes Half Moon (Media Luna). Después de mediodía, el Capitán Cadie pasó arriba la mayor parte del tiempo, variando nuestro curso a cada instante por medio de señales hechas con la mano a un marinero de sobre cubierta el cual gritaba “¡A babor! o “¡A estribor!”, dirigiéndose al timonel. En dirección sureste, semejante a una borla de lanilla verde en el cálido cielo tropical, encontrábase el Cayo Port Royal, donde en 1941 la goleta tortuguera *Majestic*, recogiendo a los “rangers” (individuos estacionados en los cayos circundantes y provistos de redes y botes) fue alcanzada por un huracán, sufriendo la pérdida de veintidós vidas; y fue la *Wilson*, entonces bajo el mando del Capitán Robert Ebanks, la que recogió diecinueve sobrevivientes y los llevó a Gran Caimán.

Tomamos rumbo oeste franco, paralelamente a la blanca franja del Arrecife Old Pointer, y luego nuevamente rumbo sur franco, sobrepasando los Cayos Logwood y Media Luna. Por la tarde cesó el viento. El agua azul turquesa a sotavento de los abruptos arrecifes estaba tranquila, y cuatro delfines comenzaron a jugar junto al casco de la embarcación. El capitán, juguetón como un niño, descendió de los baos de gavia y corrió hacia proa, cogiendo al pasar un palo largo y tosco; después de atar al palo una cuerda ligera, practicó tiros de arpón con aquellas bestias de color de olivo, las cuales, como si supieran que el hombre también estaba jugando, regresaban a que las golpearan una y otra vez.

La tripulación permanece acostada a la sombra de popa, disfrutando de la tranquilidad del agua; después de dos días y noches de constante braceo, es placentero sentirse relajado. Acá y allá sobre la superficie de seda flotaba una tortuga, ligera como un corcho, y vimos también un tiburón color leonado.

—Mal sitio éste para tirarse por la borda, —musitó Leewell mientras anudaba cuerda. —Tenemos tiburones aquí, de los grandes.

Procedentes de Cayo Bobel, donde la embarcación echó anclas, aparecieron flotando a la deriva algunos pájaros fragata silenciosos, que iban

como a nuestro encuentro. El islote es un lugar donde anidan gaviotas y gaviotas bobas; las aves se levantaban como nubes de mosquitos sobre los rojos mangles, lavandas de mar y otros árboles que se han apoderado del suelo alto. Al llegar la oscuridad comenzó a llover, pero los chillidos de las aves, no menguados, seguían llegando hasta nosotros en el viento del este, hasta que amaneció.

Las embarcaciones extranjeras que pretendan pescar tortugas en el Banco Miskito deben registrarse ante las autoridades aduaneras de Nicaragua y regresar nuevamente al puerto a arreglar los tributos aduaneros cuando parten; además de los derechos de puerto, tienen que pagar un impuesto por cada cabeza de tortuga. El agente aduanero más próximo a los campos de pesca está en Cabo Gracias a Dios, nombre que le dio Colón a ese cabo, cuando halló abrigo en su reducto después de una travesía tormentosa alrededor del recodo del Caribe centroamericano.

La *Wilson*, también, llegó al Cabo después de una travesía tormentosa, pero no encontró abrigo; el viento estaba soplando fuertemente otra vez desde el este. Los meses de Abril y Mayo son por lo general de buen tiempo, y el Capitán Cadie juraba que éste era el peor mes de Abril que había visto en todos sus cuarenta años de pesca de tortuga. Echamos ancla en medio de fuerte marejada, como a dos kilómetros de la desembocadura del Río Coco, y yo bajé a tierra con el capitán, Carl y Speedy en uno de los botes. El puesto de guardia de Cabo Gracias está situado a varios kilómetros río arriba, el cual es tan ralo de aguas en su delta, que con marea baja los botes deben ser remolcados para atravesar la barra. Aquella tarde la marea estaba baja, y después de haber luchado para entrar cruzando la barra, tuvimos que caminar y arrastrar el bote río arriba. El bote era de gran calado y estaba anegado en agua; en altamar parecía un frágil esquife, pero en el río resultaba monstruoso. Varias veces, para poder avanzar, tuvimos que echarlo de lado y arrastrarlo así a través del caudal de poco fondo. El Capitán Cadie y Carl, viejos marineros procedentes de una isla sin ríos, lanzaban denuestos a granel contra el Río Coco y Centro América y los "hijos de puta españoles", pero Speedy, quien tenía experiencia sobre esta costa, aceptaba la dura faena con alegría; en cuanto a mí, me sentía agradecido de una brisa que disipó la humedad y mantuvo a raya a los insectos, y por la carencia de sanguijuelas. El delta silvestre de amplias planicies y árboles costeros, se desplegaba frente al silencio de los muros de la selva, y hubo toda la tarde un espectáculo de martines pescadores revoloteando de un lado a otro entre lánguidos ibis, espátulas, garzas, gaviotas, y halcones exóticos de los ríos tropicales... Avanzamos a rastras por aguas de poco fondo, y a veces el lodo nos llegaba a las rodillas. Remábamos, canaleteábamos y avanzábamos a punta de pértiga, y hasta usamos la vela un poquito en los canales, pero nunca llegamos a nuestro destino. Al promediar la tarde comprendimos que no había esperanzas; y cuando el sol se puso, desistimos. Ya estaba oscuro cuando volvimos a cruzar la barra y vimos que en la embarcación algún inteligente había aparejado una linterna.

A la mañana siguiente fallamos por segunda vez. Saliendo del río, encontramos a John Powery y dos marineros de la *Cayman Venture*, que

andaban liquidando los impuestos para salir hacia Gran Caimán. Su es-  
quife era mucho más liviano que nuestro bote, y el Capitán Cadie remontó  
el río con ellos, pero Powery tampoco pudo encontrar un canal apropiado.  
Desde el sitio en que esperaba nuestro bote, escasamente dentro de la  
barra, yo podía escuchar confusos gritos humanos que proferían maldicio-  
nes contra Cabo Gracias, el río desolado y los vientos locos de Abril.

El Capitán Cadie decidió matricular a la *Wilson* en Puerto Cabezas, un  
poco más al Sur en la misma costa, y por el hecho de haber perdido tanto  
tiempo en su empeño de llegar a Cabo Gracias, creyó justificado pescar en  
el camino. Pusimos proa directamente hacia el Arrecife Edinburgh (lla-  
mado a sí, posiblemente, por una embarcación que pasó dificultades en él;  
según los buscadores profesionales de tesoros de Gran Caimán, difícilmente  
hay un arrecife o un bajío en el Mar Caribe suroeste que no cuente con  
su propio naufragio). En el Arrecife Edinburgh no se veía tierra ninguna;  
sólo las formas irregulares de los blancos embates del oleaje. Aun en di-  
rección a sotavento de los arrecifes, donde había anclado la *Wilson*, el agua  
era lechosa e irregular. Pero el Capitán Cadie raras veces revisaba su carta  
de marear, y sabía exactamente dónde estaba. Había buen fondo en este  
paraje —hacia gestos con la mano frente al mar sin rostro— como para  
echar un ancla. Poco rato después le estaba gritando a sus hombres que  
bajaran los botes.

Las redes tortugueras se colocan y se arrojan desde botes, y cada uno  
de éstos tiene su piloto. Estos hombres, como los más familiarizados con  
los campos tortugueros y con los hábitos de las tortugas, son los que deci-  
den dónde colocar las redes. Durante varios días los marineros estuvieron  
aparejándolas y apilándolas sobre las escotillas; también habían construido  
un rimero de boyas para red y “kellecks” —grandes trozos de coral fósil,  
que se empleaban como anclas. (Nadie conocía el origen de la palabra  
“kelleck”. El capitán dijo que era una palabra que provenía de “la gente  
de antes”, que no había hablado bien el inglés). En cuanto los botes eran  
echados al agua, se cargaba en ellos este equipo; en cuestión de minutos  
los mástiles de los botes habían sido izados y las velas desplegadas. Jim  
Rivers era el piloto del bote de babor, y el Capitán Cadie, en el bote de  
estribor, le gritó que debía tender las redes adelante del arrecife cerca de  
los “hoyos blancos”, como llaman los tortugueros a ciertos extraños luna-  
res de arena descubierta que aparecen entre las paredes de coral.

Junior Ebanks holgazaneaba en la baranda, esperando ir como marinero  
de algún bote. Aun cuando era un muchacho de suaves maneras, tímido  
y que no mostraba ninguna señal de la rutilante energía de su padre, y  
padeecía en valiente silencio de mareo crónico, era evidente que sentía reve-  
rencia por su padre y ansiaba convertirse en un tortuguero consumado.  
Pero había tanto viento que hubo que acortar las velas, y ya en los cam-  
pos tortugueros el muchacho no habría podido manejar uno de los pesa-  
dos remos con que se impulsaban los botes.

—Ya sé que lo intentas, muchacho, —dijo el Capitán Cadie— pero in-  
tentarlo no es lo mismo que hacerlo.

Junior desistió del bote de babor, y éste se corrió hacia sotavento; en los verdes espacios resplandecientes entre ola y ola, la vela de cangreja subía y bajaba como una vieja aleta. En el bote de estribor, que se movió en dirección a barlovento, deslizándose a una velocidad que hacía caer sobre la proa una cálida rociadura, el Capitán Cadie se jactaba alegremente de ese excelente bote, el mismo contra el que ayer no más había echado maldiciones en el Río Coco. Al poco rato estaba maldiciendo otra vez, pues Jim Rivers, allá por el norte, estaba echando las redes demasiado lejos del arrecife.

—Podrá tal vez tener la suerte de coger alguna vagabunda, —dijo— pero no hay tortugas que pasen la noche allí en el océano abierto.

Durante el día, la tortuga verde efectúa grandes recorridos, alimentándose de hierbas y algas marinas; por la noche, regresa a su refugio favorito bajo un arrecife o roca coralina. Las redes se colocan en parajes probables, o “sets”, en comparación de los cuales las redes resultan pequeñas; cada bote puede colocar veinticinco o treinta cada tarde. Las redes típicas, como las que usaba el Capitán Cadie, tendrán un largo de unos catorce metros, con una profundidad de unos cuatro metros y medio, y tendrán de abertura entre nudo y nudo como cuarenta centímetros. Debido a esta malla ancha, las redes son muy livianas. Uno de sus extremos se asegura a una boya de una madera tropical estilo balsa, llamada “talalate”, que se ancla por medio de un *kelleck*; lo demás flotaba en la corriente como una bandera submarina, cambiando de posición según cambia la marea. La red lleva pequeños flotadores a todo lo largo de su línea superficial, pero la línea del fondo no lleva pesos, de tal manera que la red flota en cierto ángulo; la idea es que la tortuga que regresa a casa, o la tortuga que surge a respirar, peguen contra la red y queden enredadas. Una red liviana que esté libre por uno de sus extremos hace posible que el animal quede enredado, pero al mismo tiempo permite que la cautiva suba con todo y red a la superficie a respirar. (Si una tortuga pequeña se enreda cerca del *kelleck* y tiene que arrastrar este último hacia la superficie, puede cansarse y ahogarse antes que sean retiradas las redes, pero esta posibilidad no es común).

Al acercarnos al arrecife, comenzamos a divisar tortugas verdes y careyes en la superficie, y los hombres gritaron dando por descontada la pesca de la mañana siguiente. Yo había viajado larga distancia para ver este espectáculo, y grité también. Dos grandes tortugas verdes estaban tratando de aparearse, y el Capitán Cadie dijo que se estaban alistando para viajar hacia el sur, al Tortuguero, y que la *Wilson* seguiría el rastro de las tortugas a través de los cayos. (El Tortuguero, Turtle Bogue en inglés, como llaman los pescadores a una extensión de costa tropical silvestre en Costa Rica, fue considerado desde hace tiempo como la última gran playa de desove de la tortuga verde en el Mar Caribe, pero en años recientes se ha encontrado otra playa grande en las costas de México, no lejos de Veracruz, y hay también sitios pequeños de desove en Quintana Roo y en los islotes llamados Mona y Aves, en la parte Oriental del Caribe. Una que otra tortuga verde desova todavía en Florida, y posiblemente en Bermuda; al igual que Gran Caimán, esta última isla era un importante sitio de desove cuando el hombre blanco llegó al Nuevo Mundo).

Habíamos llegado al sitio donde el capitán deseaba que echásemos redes, y él hizo girar el bote en dirección al viento. Rápidamente Leewell abajó el mástil y él y Adonis se apoderaron de sendos remos. Como las aguas agitadas les mantenían ocupados con los remos, yo me hice útil desenredando las cuerdas de las boyas y los *kellecks*, mientras el Capitán Cadie, guiando a los remeros (“Suave a tu lado, Leewell. Empuja mejor, Donis”), arrojó las redes donde las quería.

—¿Ves allá aquel coral?

El capitán señalaba hacia una vaga masa oscura bajo la superficie.

—Es un punto *pefecto pa'* blanco de tortugas.

Ice el *kelleck*, y el bote se trasladó al siguiente sitio de colocación.

Trabajamos en dirección norte a lo largo del arrecife, poniendo redes en los canales y en los filos de los siniestros bajíos que se esconden casi a flor de agua. En las cercanías del arrecife, la arena no había sido agitada y el agua estaba clara. Un tiburón, sorprendido, alzó la cola y se alejó de nosotros; perseguía a algún pequeño bonito, que iba zigzagueando en persecución de otros peces menores que él, los llamados “varios”. En el lugar en que el bonito cortó la superficie, los varios produjeron rociaduras de plata en el aire, a todo lo largo del coral iluminado por el sol. Leewell gruñó, descansando sobre los remos.

—Este es el uniuísimo lugar en que he visto bonito dentro del arrecife —dijo.

Y el Capitán Cadie dijo:

—¡Mantén su cabeza alta, ahora! Tú haces esto en este viento, *hom'* ella se corre de ti de vuelta a la lancha.

Señaló con su dedo nudoso en dirección a la *Wilson*, a unos dos kilómetros de distancia.

Las salpicaduras de los peces carnada, iluminadas por el sol, habían atraído a las golondrinas de mar, que revoloteaban contra el viento sobre nuestras cabezas. De dónde habían llegado las golondrinas, sin haber tierra a la vista, era un misterio. Los peces y las aves cazaban de un lado y otro cerca de la proa del bote, confundiéndose los chillidos de las golondrinas con el retumbar del oleaje.

---

Al rayar el día, el viento continuaba soplando fuertemente y, según parecía por el aspecto del cielo gris hacia el oriente, así iba a seguir el día entero. El Capitán Cadie hizo bajar los botes antes del desayuno para retirar las redes, y al ir de camino lanzó denuestos contra su destino y contra sus hombres. Esto ocasionó una protesta airada de Leewell, quien

normalmente era hombre de buen carácter, pero estaba lleno de orgullo de su experiencia de tortuguero bajo el mando del Capitán Ebanks, de la *Adams*. Cerca del arrecife, a la luz argentina, las tortugas producían salpicaduras en las redes, y Leewell hizo chacota groseramente.

—¿Ves aquella que pernea al lado del viento? —gritó. —¡Y allá, y allá, aquellas dos en aquella otra red!

El capitán suspiró.

—Esa es una maldita caguama, —dijo. —Pero esa otra sí es una tortuga.

El bote de estribor avanzó entre las redes, y las tortugas se hundieron y volvieron a salir, golpeteando y resoplando. Había más caguamas de las que el capitán había creído, y una de ellas había arrastrado su *kelleck* lejos a sotavento; para soltarla de la red, los hombres tuvieron que remolcarla hacia la embarcación. La caguama, que carece de valor económico, es un animal rojizo de gran tamaño, con una cabezota pesada y unas mandíbulas que pueden dar buena cuenta de un dedo de pie descuidado. La carey, a la que se pesca por su concha, también puede cercenarlo si se le da la menor oportunidad. El bote de babor cogió esa mañana una carey macho de gran tamaño, y mientras estuvo viva, los pies descalzos de los marineros le proporcionaron amplia ocupación.

Las tortugas entraron por sobre el costado con los húmedos y relucientes colores del mar; la concha de la tortuga verde es de un lindo color ámbar, y su peto ventral es amarillo pálido, semejante al bambú. La pesca matinal del bote de estribor fue de cinco —como la mitad de lo que el Capitán Cadie esperaba— y sus sentimientos fueron de ambas clases cuando el bote de babor, desafiando su predicción de fracaso completo, se encontró que tenía tres grandes tortugas verdes además de la carey. Cuando aquel maldito huracán terminara, dijo él, sería ya luna llena, y entonces las tortugas al salir podrían ver la blanca malla y evadirla. Me dio risa la intensidad de su disgusto, y después de una mirada humilde y de azoramiento, exhaló un sollozo como sin querer, y luego estalló en una carcajada, que dejó a su denostada tripulación más confusa que antes.

Regresamos a impulso de la vela de sotavento hacia la embarcación, a una velocidad vertiginosa. Los caimanianos se mueven con tal belleza en sus pequeños botes, que parecen meras extensiones del maderamen y la lona, y el Capitán Cadie, otra vez de buen humor, colocó su bote junto al costado en un alarde nítido de vela y espuma. Junior cogió una cuerda y el bote brincó y volvió a caer en el mar que se agitaba a lo largo del casco. Aprovechando una ola conveniente, me encaramé sobre la regala hasta caer sobre la dura cubierta curada por la sal. Mirando las tortugas recién cogidas en el bote, y los rostros morenos y el azul turquesa reluciente del mar, me invadió un sentimiento de cariño por la *Wilson*; velera o motorizada, ella era todavía una nave tortuguera.

Una de las tortugas pesó más de trescientas libras, y las demás fueron algo más pequeñas, pero no mucho. Todas fueron izadas a la cubierta mediante garrucha y polea, amarradas con un mecate embridado a la base de ambas patas delanteras. Estando cada una todavía colgada semejante a un hombre suspendido por las axilas, las cuatro aletas le fueron perforadas con un hierro candente. Después se la bajó y se la depositó en el piso panza arriba, y las dos aletas de cada uno de los lados se amarraron con tiras de palma que se les pasaron a través de los agujeros abiertos. (Para facilidad de manejo, y debido a que su propio peso podría sofocarla fuera del agua, la tortuga es mantenida panza arriba desde el momento en que la izan sobre la regala de los botes hasta que es sacrificada o soltada en un corral). De ordinario el mudo e inmóvil cargamento es bajado a la bodega, pero debido a que estas primeras tortugas serian encorraladas en Cayo Miskito, fueron mantenidas sobre cubierta, donde colmaron el último espacio libre del puente de popa y del pasillo junto al camarote de cubierta. Debajo de cada una de las cabezas se colocó una almohada de madera, pues de otra manera hubieran permanecido sin apoyo, y bajo cada caparazón se colocaron cuñas para mantenerlas en su lugar cuando el barco se balanceara; redes viejas y estoperoles se arrojaron sobre las tortugas que estaban expuestas al sol. Después de eso, las cautivas fueron echadas al olvido. Las tortugas mantenían cerrada la boca y respiraban de vez en cuando. La respiración, cuando se producía, tenía algo de convulsivo y de suspiro. Pero ni siquiera esos tristes y cansados sonidos, ni las "lágrimas" de fluido lubricante que brotaban con regularidad de los ojos de las tortugas, eran advertidos por la tripulación. Las tortugas verdes son mansas vegetarianas que raras veces muerden, y los hombres pasaban sobre ellas o se paraban junto a ellas como si formaran parte de la maquinaria de la embarcación; las pobres bestias eran tan pesadas y se quedaban tan inmóviles como los barriles de combustible. Mas el aspecto de inocencia de la tortuga verde es perturbador, y de vez en cuando uno se encuentra con la mirada de una tortuga y recuerda a aquel objeto veloz que con tanta gracia flotaba en el océano. A mí me era especialmente posible hacer eso, ya que una tortuga quedó junto al lugar donde yo dormía sobre cubierta; ésta continuamente suspiraba ansiosa y espasmódicamente, y sus ojos estaban a un metro escaso de distancia de los míos.

---

Del Arrecife Edinburgh partimos hacia Cabo Banco, que queda precisamente al norte de la frontera hondureña y es reclamado por Honduras. Como el Edinburgh, este arrecife está escasamente bajo la superficie, y no había ningún abrigo bueno cerca del campo tortuguero. La *Wilson*, anclada, experimentaba tales embates, que aun el izar los botes para bajarlos por los costados era difícil y peligroso; aquéllos estaban suspendidos de los mástiles, y en esa embarcación de baos anchos, el recientemente acortamiento de éstos había acrecentado mucho el ángulo del balanceo. Después que los botes fueron bajados, el viento rasgó las velas del bote de estribor, que estaban podridas, y al intentar echar redes en medio del balanceo de las aguas, rompimos un remo en el fuerte oleaje, ante lo cual el Capitán Cadie, con exasperación creciente, nos ordenó que regresásemos a la embarcación. Pero nosotros habíamos visto tortugas por todas partes,



y Speedy y Brown, a quienes el capitán quería adiestrar, insistieron en que terminaríamos de echar las redes. Su entusiasmo le hizo tanta gracia al capitán, que éste pasó riéndose toda la tarde; sus novatos hondureños, dijo él a los caimanianos durante la cena, eran los mejores tripulantes de bote que él llevaba.

El viento no amainó al anochecer, sino que aumentó durante la noche. Fuertes ventarrones y furiosas oleadas batieron la embarcación, produciendo tal ruido, que los hombres tenían que gritar para oírse unos a otros; el viento dejó de ser fijo para volverse siniestro. En esta soledad de bajíos y arrecifes, en donde un ancla que se arrastrara podía significar un serio problema, el hombre que no sintiera aprensión sería un tonto, y el Capitán Cadie pasó en pie la mayor parte de la noche revisando el ancla y efectuando sondeos. El y yo conversamos horas enteras antes de amanecer. Leewell, que tampoco podía dormir, se juntó a nosotros. Habló de una época en que Cadian, entonces capitán de la *Jimson*, había perdido los mástiles y había sido abatido por un huracán durante toda la ruta de Georgetown a Nicaragua. Conversamos un poco sobre los viejos barcos y las famosas regatas de goletas que habían en Georgetown antes de la II Guerra Mundial, y que regularmente las ganaba la *Wilson*. El Capitán Cadie dijo:

—Sí, hom', la *Lydia E. Wilson* les daba a todas. Fue la última y la mejó'.

No pude dejar de preguntar al capitán por qué no había dejado intactos las velas y aparejos de la *Wilson*, aunque eso significara correrla como goleta de alquiler para turistas; el tono de mi pregunta sugería mi preferencia por esta solución. Leewell gruñó en la oscuridad, y un rato después el Capitán Cadie dijo, con voz inexpressiva y cansada:

—Bueno, no es tan rápida con motores, como lo era algunas veces con velas, pero ya no depende del viento.

No le importaba el negocio turístico por ser algo irrelevante para una lancha tortuguera poseedora de una larga tradición en los bancos, y yo comencé a entender que tenía razón.

El viento había arreciado hasta más de treinta nudos —estimación del Capitán Cadie que a mí me pareció conservadora— y al rayar el día el agua estaba tan agitada, que el capitán mandó un bote a recoger las redes, manteniendo al otro en el barco para cualquier emergencia. A pesar de mi fe en la pericia de los caimanianos, se produjo una duda en mi mente acerca de si una embarcación que hacía agua y llevaba velas podridas, debía ser enviada a un mar como aquél. Pero si esta duda se les ocurrió a Carl, Jim Rivers y Leewell, quienes fueron escogidos para hacer el viaje, no lo dijeron. Agarrándose del mástil del bote mientras el bote pegaba contra el costado de la *Wilson*, Leewell y el contramaestre estaban afanosos y tensos, y le gritaron a Carl que se apresurara; entonces el bote quedó libre en el oleaje rutilante, y las negras siluetas de los tres hombres, hechas jirones por el viento, se vieron altas en el costado del bote frente al temporal, mientras el viento le pegaba y la embarcación se ladeaba y viraba.

Cuando los hombres de verdad parten sin quejarse a realizar alguna tarea peligrosa, no por emergencia, sino porque es parte de sus sistema de vida, el espectáculo conmueve. Los que quedamos a bordo hablamos muy poco, pero todos mirábamos aquel bote. Aun el Capitán Cadie, que estaba remendando redes, no se apartó mucho de la baranda en toda la mañana.

A una milla de distancia el bote arrió la vela y entonces un remo destelló en el sol. Avanzando penosamente de una red a otra, el bote se elevaba a la vista y volvía a caer, tragado durante medio minuto cada vez por los verdes oleajes. Aunque el viento menguó cuando el sol estuvo alto el retirar las redes tomó la mayor parte del día y los hombres regresaron exhaustos.

—No me quedan puños —dijo Leewell—. Me gusta tortuguear como a cualquier *hom'*, pero no me gusta una clase de viento como ese.

Pese al temporal se habían atrapado algunas tortugas, y el capitán resolvió volver a pescar en Cabo Banco. Por la tarde avanzamos a lo largo del arrecife hacia el oeste y echamos redes en un hoyo blanco llamado Maggie, nombre de una lancha tortuguera de otros tiempos. El Hoyo Blanco Maggie no es sino uno de los muchos lugares de colocar redes que los tortugeros conocen por su nombre; también existe el sitio Wilson, al sur de Cayo Miskito, en dirección al Arrecife London. Colocamos esa tarde a lo largo de los bajíos, directamente bajo el arrecife. Un bajío había quedado desnudo por causa del viento y la marea, y una garza solitaria, a la manera de un guardián, caminaba con afectado señorío frente a los últimos destellos del atardecer. Estaba casi oscuro cuando pusimos proa hacia la *Wilson*. El viento había cesado, y el sitio de anclaje era mucho más abrigado que el de la noche anterior, y Adonis había sacrificado la tortuga carey y la estaba sirviendo en una especie de estofado espeso. “La fiebre del oro ha concluido y la fiebre de las nalgas ha comenzado” cantaba Adonis. La carne de tortuga carey es preferida a la de tortuga verde en Cayman Brac, en donde la industria de carey origina este prejuicio, pero el resto del mundo encuentra la carne de tortuga carey un poquito desabrida.

—Cuando uno come carne de tortuga carey —decía Adonis—, sabe que está comiendo algo.

Esto también es cierto del barracuda, la única otra clase de alimento fresco que habíamos consumido por largos días, y a la mañana siguiente, cuando se descubrió que la inquieta tortuga verde cercana a mi dormitorio había muerto, yo vencí la aprensión natural a comer carne de reptil difunto y ayudé a comerla. Además del calipash y el calipee con aspecto de tuétano, que se usan en la sopa de tortuga verde, los trozos multicolores de la carne incluyen el biftec de tortuga, que, cuando es cocinado adecuadamente, es casi imposible distinguir de la ternera. Los marineros se aseguraban unos a otros que el animal no había estado muerto por mucho tiempo para causar daño.

Habían unas pocas tortugas en las redes esa mañana, pero la cantidad era desalentadora. En vez de seguir luchando más tiempo contra el temporal, viajaríamos rumbo sur hacia el Cayo Mískito y encorralaríamos las tortugas, después iríamos a la Costa, a Puerto Cabezas, para matricular la nave antes de proseguir hacia los campos tortugueros de las Whitties y el Arrecife London. Para el momento en que llegaríamos allá, un cambio de tiempo podría mejorar la pesca. Además, entre más al Sur pescásemos, era más probable que topáramos las grandes flotillas migratorias, porque se acercaba el mes de Mayo y las tortugas estarían movilizándose hacia Tortuguero.

Desde Cabo Banco, la *Wilson* puso proa al sureste a través del Canal Main Cape, y después al sur, más allá de Moheghan Exterior y Cayo Ham, hacia el Cayo Marston Dennis; hacia barlovento, entre la bruma del océano, encontrábase el Cayo del Muerto, donde en 1941 cinco exploradores de la *Wilson* perdieron la vida, en el mismo huracán que hundió la *Majestic* frente al Cayo Port Royal. Veintisiete tortugueros murieron ese año —el número mayor desde el año 1876, cuando una tempestad ocasionó la muerte a sesenta y siete exploradores— pero los huracanes han ocasionado la muerte con regularidad en los arrecifes bajos y sin faro. La goleta *Hustler*, bajo el mando del amigo del Capitán Cadie, Laurie Bodden, también se perdió en 1941 cerca del Cayo Marston Dennis; de las embarcaciones que tomaban parte en las grandes regatas, casi la mitad se había hundido en la tempestad, y las demás habían sido vendidas o transformadas. La *Adams*, la *Jimson* y la *Wilson* son las últimas de la flota que todavía se hace a la vela en Gran Caimán.

Los bosques de mangle gigante han echado raíces en los bancos de arena del Cayo Marston Dennis. Cuando pasaba la *Wilson*, se bajó la velocidad de las máquinas para “hablar” a los exploradores que hubiera en el cayo. (Este término de los viejos días de navegación de vela, cuando los barcos que se reunían en remotos lugares y deseaban intercambiar noticias, cartas y conversación, “hablaban” entre sí, todavía es corriente en Gran Caimán). Ciertamente un bote abrió sus alas entre las verdes paredes, a tres kilómetros de distancia, y vino volando a favor del viento. El mar estaba todavía turbulento pero en vez de aflojar la escota y disminuir la velocidad, un hombre de pie en el costado del bote un instante antes de que debiera haber zozobrado, corrió precipitadamente hacia el extremo de un tablón empujado hacia fuera como un pescante de artificio, de tal manera que el hombre parecía suspendido en el aire. Llegaron los exploradores junto a la *Wilson*, haciendo señas y gritando, y dándose a la banda junto a nosotros, bajaron la vela y subieron tumultuosamente a la embarcación mientras la marinería de ésta gritaba:

—¡Suban, suban! ¡Suban, *homs'*, y siéntanse felices!

Los exploradores estaban tan contentos de ver caras nuevas, que seguían gritando aun después de haber subido a bordo.

—Ustedes van a coger tortugas, *hom'*, —nos dijeron. —Aquí son gordas como clupeos.

Después se fueron los exploradores, como pájaros, porque sabían que la *Wilson* deseaba llegar a Cayo Mískito antes del anochecer.

Cayo Mískito es casi tan grande como Gran Caimán, pero exceptuando media manzana de extensión de terreno alto en donde se puede conseguir agua dulce de mala calidad, consiste casi totalmente en elevados manglares. Además de proveer de agua, sirve principalmente como lugar para enjaular tortugas, que no podrían soportar un viaje entero en las bodegas o en cubierta; es también sitio de reunión, sitio de refugio en tiempo de huracán. No existe ensenada en Cayo Mískito, pero las naves llegan muy cerca de la costa sureste y amarran lo mejor que pueden dentro de los manglares. El cayo está deshabitado, salvo en temporada tortuguera, cuando unos cuantos indios de la Costa Mískita de Nicaragua llegan a él. Para evitar los sayules que infectan estos cayos, los indios construyen pequeñas chozas sobre plataformas desvencijadas de estacas delgadas de mangle, bastante retiradas de la costa. Del lugar donde ancló la *Wilson*, no muy lejos al oeste de los corrales de tortugas, podíamos ver dos pequeñas chozas mískitas. A sotavento de las chozas, veíanse varios pequeños *cayucos*, o canoas hechas de troncos excavados, que habían conducido a estas gentes por cincuenta kilómetros o más a través del mar abierto.

La *Adams* estaba anclada en Cayo Mískito, y el corral que el Capitán Cadie iba a usar, todavía contenía las últimas tortugas de la *Adams*, que él estaba cargando para el viaje de regreso a casa. Cuando llegamos al corral a la mañana siguiente, los botes de la *Adams* ya estaban allí. Nuestro corral, como todos los demás, era un encierro cuadrado hecho de estacas de mangle amarradas con mecate de palma. En uno de sus lados se había abierto un portón, donde se amarraban los botes, y un indio corpulento estaba dentro del encierro, con el agua hasta el cuello. De vez en cuando se sumergía bajo la superficie, donde las grandes tortugas circulaban, y cogiendo una de ellas por el caparazón detrás de la cabeza, empleaba la mano libre para deslizar un lazo alrededor de la base de la aleta delantera del animal. Este lazo estaba atado a una cuerda sostenida por un marinero en un bote del portón; cuando el indio emergía a la superficie, gritaba y los marineros halaban a la tortuga hacia el bote. En el caso de las tortugas de gran tamaño —de trescientas libras o más— el indio ataba una brida a ambas aletas, pues de otra manera era imposible manejar a esos animales frenéticos; todo el encierro era un torbellino de espuma. A veces el buceador cogía una segunda tortuga mientras estaba esperando que le arrojaran de nuevo el lazo; entonces se arrecostaba en una esquina, teniendo aferrada verticalmente a la tortuga, con un abrazo osuno. Como la mayor parte de los mískitos, el buceador tenía las facciones de indio y al piel de color oscuro de los hombres de raza negra. Ese tipo es natural de esa Costa, desde el departamento hondureño de la Mosquitia, al norte del Río Coco, pasando por la costa nicaragüense hasta el norte de Costa Rica. Esta mezcla de razas no es reciente, sino que se deriva de algunos esclavos de la Guinea que zozobraron hace tres siglos y fueron absorbidos por los aborígenes de esa Costa. El buceador era un hombre muy fuerte, que hacía ostentación de su potencia; su cabeza que goteaba era fiera y formidable, como la cabeza de un dios marino oscuro.

Cuando nuestras tortugas hubieron sido encorraladas, fuimos de visita a la *Adams*. La *Alice M. Adams* —para darle su nombre completo— es una embarcación mucho más grande que la *Wilson*, pues fácilmente tiene más de treinta metros de largo, pero ambas son de líneas muy similares. Desde que se retiró el tío del Capitán Cadian, o sea el Capitán Allie, el patrón de la *Adams* lo había sido el yerno de este último, Chesley Parsons —uno de los pocos tortugeros modernos de quien le oí al Capitán Cadie hablar con respeto. El Capitán Chesley era un hombre corpulento, con una voz suave que parecía al mismo tiempo cortés e implacable. Su embarcación era la reina de lo que quedaba de la flotilla tortuguera, y había tenido un viaje muy fructífero, con cuatrocientas tortugas metidas ya en sus bodegas y unas pocas pendientes de embodegar. De pie en el cuartel de la *Adams*, me puse a observar a los animales. Las tortugas encontrábanse en ringleras verticales, enrejado sobre enrejado de vientres anchos y pálidos que se extendían en dirección a la lobreguez del lado de popa. Sobre la bodega estaba aparejada una lona dispuesta en plano inclinado, que aprisionaba el viento y lo impulsaba como por un túnel para refrescar la carga.

—¿Ve eso? —me dijo en voz baja Leewell hablándome sobre el hombro.

—Ya ellas perdieron sus lindos colores de mar.

El Capitán Cadie de pronto se puso en pie, interrumpiendo un diálogo que estaba sosteniendo con el Capitán Chesley, y saltamos de vuelta a nuestro bote. Leewell se despidió a gritos de sus amigos de la *Adams*, quienes al día siguiente partirían hacia Key West si el viento se moderaba; Key West es el mercado portuario norteamericano de la tortuga verde, y la *Adams* provee la mayor parte de la tortuga verde que se come en los Estados Unidos. Todos gritamos otra vez cuando nos separamos de la *Adams*. Una hora después estábamos navegando junto a los Cayos Nesa y las Rocas Alice-Agnes, con rumbo Este-Suroeste y con viento favorable, en dirección a Puerto Cabezas.

Debido a los vientos alisios, la costa abierta del Caribe Occidental está casi siempre agitada, y como en Puerto Cabezas no hay reducto portuario, sino solamente un largo muelle marítimo en donde los buques cargueros cargan frutas y madera, el Capitán Cadie comenzó a proferir denuestos contra el lugar aun antes de estar a la vista. La *Wilson* no era de tamaño suficiente para amarrar en el muelle alto, y donde anclamos nosotros el agua estaba tan agitada como él lo había pronosticado —tan agitada que el descenso de un bote fue casi un desastre. Ya cuando el bote llegó a tierra navegando sobre grandes tumbos que rodaban bajo el muelle, era demasiado tarde para arreglar el pago de los impuestos aduaneros del barco en Nicaragua, de tal manera que la *Wilson* tuvo que pasar la noche en el sitio donde se encontraba.

Yo había planeado dejar el barco en Nicaragua, y a la mañana siguiente fui con el Capitán Cadie a la oficina de aduana. Este estaba que echaba chispas por el tiempo perdido y por los “*fuetes derechos*” que tendría que

pagar, pero cuando el funcionario aduanero le preguntó cuántos salvavidas llevaba en su embarcación, se disipó toda su belicosidad, y luchó por esconder su risa.

—Pues... creo que dos, —dijo humildemente.

Caminamos juntos de regreso hacia el muelle, bajando por una pendiente. Era una fresca mañana tropical, lavada por la lluvia de la noche anterior, y Puerto Cabezas, que se encuentra sobre un promontorio por encima de la playa, resultó ser un lugar más bonito de lo que yo esperaba. Pero el Capitán Cadie no estaba de humor para quedarse en suspenso, y le gritó furioso a un marinero que se había aprovechado de la linda mañana para emborracharse. El capitán de mi nave se desembarazó de una camada tropical de perros, gallos, frutas y niños que había en el muelle y se dejó caer en el pantoque de uno de los botes. Desde el muelle, escasamente miraba su cabeza sobre el costado, mientras el bote avanzaba entre los largos tumbos, rumbo hacia la *Wilson*.